

CARVAJAL Y SAAVEDRA, MARIANA DE (1610-15? – 1663-66?)

AMAR SIN SABER A QUIÉN

Acabado el suceso, se detuvieron a celebrar la venganza de don Jacinto, aunque no le quitaron a doña Beatriz el aplauso merecido, pues, atenta a su calidad y obligaciones, quiso más morir de su pena que faltar a su decoro.

Viendo doña Lucrecia que los aplausos que se debían de justicia al donaire con que les había referido la novela, y que no aplaudían sus huéspedes más que los sucesos de su relación, sin acordarse de lo donairoso con que los había entretenido, atajó la conversación diciendo:

-O mi desaliño o, lo que más cierto es, mi rudeza, ha procedido tan a lo encogido que no se debe agrado alguno a mi cuidado. Discúlpeme la modestia de mujer, que aun cuando más aliento se previene para el desahogo, se encuentra más de golpe con el natural empacho. Mas ya que tengo perdido el horror a la medida con la referida relación, quiero dar a entender que no la turbación ha ocasionado encogimientos que sean desaire, y así, puesto que aún todavía es temprano, quiero dar de barato a vuestras mercedes una Fábula de Apolo y Dafne que llegó a mis manos, y yo, por sazónada, la encargué a la memoria. Veamos si con el donaire de sus versos no desmerezco los aplausos que se olvidaron vuestras mercedes dar a mi novela.

Celebraron todos el justo sentimiento que había mostrado la entendida señora, y culpó cada uno su inadvertencia en no haber con exageraciones encarecido su donaire. Mas cuando oyeron que doña Lucrecia, por despicarse, les ofrecía nuevo plato al gusto con la Fábula, dieron por acertada la inadvertencia de no haber aplaudido lo donairoso con que refirió la novela, pues de ese silencio se les originó el obligarla a que les repitiese nuevos agrados de su entretenido y sazónado decir. Con esto, le dieron en el silencio mayores aplausos, y doña Lucrecia, con un desahogo decente y una medida despejada, dijo así:

*Pretendió los amores
de Dafne Apolo, y con aquestas flores,
sin ser por mayo el caso,
-que así lo dejó dicho Garcilaso-
andaba un run run de que la amaba,
y verla entre sus luces deseaba.
Estaba entre las matas
la niña esquiva, aquí las escarlatas
no faltan si quisiera
pintar rocíos a su primavera:
mas Dios me guarde el juicio,*

*que andarme a pintar niñas fuera vicio.
Si ella estaba sentada
en cuclillas, a gatas, recostada,
rendida o de rodillas,
boca abajo o puesta de costillas,
yo no lo sé, que no estoy obligado
a saber de la fábula lo echado.
Estaría, a mi ver, si no me engaño,
con la postura que se usa hogaño,
recostada en el suelo,
de que resultó a Apolo gran desvelo,
pues la vió entre las matas,
patente un ponleví, no de las patas.
¡Jesús, qué grosería!
¿Patas había de tener su señoría?
Pies eran, tan menudos,
que no se vieran a venir desnudos;
miren con la llaneza,
que ya me iba quebrando la cabeza.
Pues no me ha de costar tanto trabajo,
dejo el pintarte amores por abajo,
que el modo es peligroso;
yo soy modesto, casto y vergonzoso,
y no sé de los bajos circunstancia,
que es eso para mí pueblos en Francia.
No usaba el Erimanto
que tapasen las caras con el manto:
enaguas no llevaban,
guardainfantes tampoco los usaban;
cartones ni guedejas
con que se remozan tantas viejas;
galones no traían,
ni ponleví al zapato le añadían:
todo era carne pura,
que todo lo demás es gran locura.
Contento estaba Apolo,
cuando a questo cantó Jacinto Polo
(mas vamos poco a poco,
que yo también, a ratos, soy un loco
y podré sin ensayo
de mis versos también hacer un sayo).
Perdona, Dafne bella,
que tengo contra Polo una querella,
diciendo ibas descalza y entre abrojos,
y que Apolo te dijo eras sus ojos.
Si pintarte quería,*

*¿por qué hizo del caso gulloría,
y con donaire o treta
dijo que eras descalza o recoleta?,
por que no te maltrates
te ofrecía un millón de disparates,
que las piernas te vía,
dijo, y que zapatos te traía:
¡oh, requiebros baratos,
pues sin medias te calza los zapatos!
De Apolo no nos dijo cosa alguna,
sino que en la laguna
que rebasan las aguas de Erimanto
donaire vido tanto,
y abrasado en congojas y desvelos,
carro y caballos se dejó en los cielos.
Luego, echado a tus plantas,
por los ojos babea penas tantas
que no daba lugar a las razones,
y luego tú, a empellones,
le despides airosa
y le dices esquiva o melindrosa:
«¿De cuándo acá se atreve?
¡Apártese o le daré que lleve!»
Algo más atrevido
un trozo de cristal Apolo ha sido,
mas ella, esquiva y brava,
la mano con los dientes le apretaba:
no le supo la fruta,
pues dijo: «¡Afloja, hija de una puta!»
Dejola más piadosa,
no más amante, siempre desdeñosa,
y comienzan de Apolo las querellas,
no dejando en el cielo las estrellas.
Hubo aquello de: «Ingrata fementida,
cuchillo fiero de mi triste vida,
si cudiciosa eres,
mi caudal te daré para alfileres
y tan grandes riquezas
que no salgan de balde tus bellezas.
«Mas pareces honrada,
y no serás con eso interesada,
si quiés verme esta noche,
enviaréte mis pajes y aun el coche:
¡ea, vuelve, muchacha!
si no aceptas, ¡por Cristo!, estás borracha,
que es coche una palabra*

que el más fino diamante y roca labra:
si de mí no te fías
y temes algún perro, mis porfías
abonan este broche,
que es un topacio, y envía por el coche,
que es la mayor fineza:
¿digo algo o me quiebro la cabeza?
«No haya melindres, niña,
levanta un sí es no es de la basquiña,
no es grosero mi trato,
pues no se anima más que al un zapato.
«¡Levanta el guardainfante!
(Mas soy un mentecato, un ignorante,
que entonces no se usaban,
ni menos los infantes se guardaban:
váyase en hora mala
el que a estos versos cobrar la alcabala).
Prosigue su porfía
Apolo, y aunque Dafne se reía
del tierno rendimiento,
no permite el menor atrevimiento;
mas con cólera extraña
vio que la saltaba el «¡Cierra España!»:
volvió las plantas ella
tan ligera, que Apolo: «Ingrata bella
-la dijo-, ¿por qué has huído?
¡Volver tienes a casa, pan perdido!»
Y nunca se resuelve
que pueda irse quien a casa vuelve.
No afloja Dafne el paso;
él le dice: «¡De cólera me abraso!
Ya conozco tus tretas,
no ha de ser toda la vida tijeretas,
que tengo de gozarte.
¡No corras más, amores, que es cansarte!
Y si tú gana tienes,
bastan tantos desvíos y desdenes:
no siempre han de ser nones.
¿Para qué son, mis ojos, los turriones?
Mira que hay otras muchas,
y a enjutas bragas no se pescan truchas;
daréte para aloja,
no corras más, muchacha, el paso afloja:
huye por cumplimiento,
que para adrede, corres más que el viento;
suspende la carrera,

*¡ea, rapaza, no estés de esa manera!
Mas, ¿por qué me congojo,
si yo no tengo bubas ni soy cojo?
No hagas arremangarme,
que no sirve de más de fatigarme:
¡Dafne, el correr aplaca!
¡Fuego de Dios, cuál corre la bellaca!...»
Mas allí ha tropezado;
de esta la alcanzó, que iba ya cansado:
pescómela al colete,
no pretende rendirla a lo discreto:
daba la ninfa voces,
y Apolo le promete algunas coces
si no viene en su gusto,
aunque el melindre le parezca injusto;
ella se resistía,
y con razones él la convencía
tan tiernas que pudiera
con ellas imprimirse como en cera;
hubo aquello de: «Vida de mis ojos,
¿cómo el ser adorada te da enojos?
Y siendo tú mi vida,
¿quieres por lo cruel ser mi homicida?
Deja lo riguroso
para un Orlando, suyo es lo furioso;
aquese encogimiento
dale a una monja para su convento;
usaron los desdenes
antes que usaran rizos en las sienas;
ya en el siglo que corre
aqueso arisco tu memoria borre,
y deja lo terrible
para los gigantones de Mantible:
corresponde a mis quejas,
pues no estorban clausuras, puertas, rejas;
advierte que te ruego,
pudiéndote asaltar a sangre y fuego.»
Resistióse la moza;
Apolo la embistió, no la retoza:
y viéndose en sus manos,
clamorea a los dioses soberanos:
la ninfa, laurel hecha,
de Apolo las finezas escabecha,
donde en tiernos abrazos
gozaba la frescura de sus brazos.*

Grandes fueron los aplausos y encarecimientos con que exageraron lo airoso y lo bien referido de la Fábula, que cuando ella por sí no fuera de tan buen gusto, la sazón que le dio el donaire de doña Lucrecia obligaba a que quedasen cortos todos los hipérbolos que encierra en sus capacidades el encarecimiento. Y doña Leonor, a quien tocaba el siguiente día para entretener con su novela a sus convidados, ofreció de antemano el referir otra fábula de Eurídice y Orfeo después de su novela, porque no quería que en sus agrados excediese doña Lucrecia pagando de más. Conque se recogieron aquella noche, previniéndose para el siguiente día un festejo muy de buen gusto.

Y llegada la hora, después de haberles servido con una magnífica cena prevenida por doña Lucrecia (que quiso galantear a su amiga doña Leonor con ocasión de festejar a su esperada hija), después de levantadas las mesas, les dio por postre el más gustoso plato doña Leonor, que refirió en esta forma:

Ludovico, rey de Escocia, tenía una hija llamada Lisena. Su florida y hermosa juventud no pasaba de los dieciséis años. Era tan clara y aguda de entendimiento que ponía en admiración a quien la escuchaba. Era poco inclinada al casamiento, cuanto afectuosa a la caza, pues era continuo ejercicio penetrar los montes y fatigar los valles. Y aparte de esto, tan recatada y virtuosa que pidió a su padre por merced que no se copiaran retratos de su belleza.

A la fama de tan soberanas partes, fue pretendida de muchos príncipes, en particular del rey de Hungría, el de Alemania y Enrico, rey de Navarra. Enviaron sus embajadas a la Corte, y su padre cerró la puerta a los pretendientes con decir que la Reina estaba enferma y que no había esperanza de mayor sucesión. Sintieron to dos el mal despidiente, y quien más lo dio a entender fue Enrico, por encarecerle su embajador la divina hermosura de Lisena con tan exageradas ponderaciones que fueron bastantes a rendirle el corazón, tan amante de su propia idea que, representando en ella a todas horas lo que había escuchado, vivía melancólico.

Tenía Ludovico a doce leguas de su Corte una bien fabricada ciudad, en tan ameno sitio que la podemos llamar hermoso pensil de la Naturaleza, pues era un abreviado paraíso: tenía frondosos y espesos bosques poblados de mucha caza, así de monte como de volatería, y aparte dilatados sotos en que apacentar los ganados, espaciosas selvas, y como en testera, que la señoreaba toda, una fortaleza o castillo que servía de real palacio a los reyes cuando venían, por dar gusto a Lisena, a gozar de su mucho recreo. Cercábala por la una parte un caudaloso río, piélagos tan profundo que le daban nombre de brazo de mar. Era la causa que a temporadas venían al puerto algunas naves, unas derrotadas de los vientos, otras de intento a comprar y vender mercancías; por lo cual, y por estar separada de otros lugares, le llamaban La Isla. Era el trato de sus moradores prevenirse al año de todo lo necesario para la provisión de las naves; hacían ropa de embarcación de todos géneros. Con esto, vivían ricos y contentos, vestían galas a lo labrador los mancebos de lustre, vaqueros guarnecidos de vistosos pasamanos; las doncellas sayuelos y abantales, corales y patenas. Preciábanse de tener en las casas pintados jardines con varias flores, árboles frutíferos; labrabanlos a tapia baja, guarnecidos y cercados de gruesos encañados, de suerte que se gozaba desde afuera de su amena vista, en particular

todos los que vivían a la parte del mar, porque en la fortaleza daban dos ventanas del cuarto en que posaba Lisena a aquella parte, y desde allí señoreaba todo el mar, bosques y jardines. Había en el cristalino río hasta veinticuatro galerillas en que se paseaban, cuando gustaban de ir a ver pescar, y muchas barcas para el servicio de los isleños (que ese nombre les daban). Y porque las ventanas del referido cuarto daban a un angosto y pedregoso callejón que tenía la entrada por las espaldas del real palacio, se había labrado en él, fabricada de argamasón, cal y canto, trabado con las peñas que servían de muralla a los embates de las ondas, una plaza a modo de azotea, con su baluarte para seguro; y a la parte de una ventana rasgada que estaba en la primera sala, se labró una torrecilla que servía de atalaya, cercada de un cubo de poyos y almenas. Este sitio, por la mala entrada que tenía y por estar remoto al común comercio, era inhabitable, y sólo servía de encender lucidos y voladores fuegos para celebrar la venida de los reyes, y en lo restante se encendían muchas luminarias y cazoletas. Preveníanse las galerillas de trompetas y clarines; esto servía de salva, y de tanto gusto a Lisena cuanto no se puede encarecer.

A pocos meses de haber su padre despedido los pretendientes de su casamiento, murió la Reina, con tan general cuanto debido sentimiento como pedía una pérdida tan grande. Y pasado el tiempo de los acostumbrados lutos, pidieron los grandes de Escocia a Ludovico fuera servido de admitir segundo matrimonio, poniéndole por delante, si moría sin heredero, los dejaba sujetos a señor extraño, pues era preciso que su Alteza se casara. Y como la amaba tan tiernamente, lo rehusaba, temeroso de darle madrastra. Y quien más le persuadía era ella misma.

Hallóse convencido, pareciéndole que le pedían razón, y determinado a darles gusto, le trajeron algunas copias en que hiciera elección, entre las cuales vio un retrato de Clorinarda, duquesa de Mantua, dama de tan gentil y hermosa disposición que, luego que la vió, efectuó su casamiento.

Y como las cosas de los reyes son públicas y dilatadas, y más cuando de suyo son festivas, voló la fama del tratado casamiento. Y llegando a noticia de Enrico, se determinó a ir encubierto a la corte de Escocia, tanto por ver la entrada de la Reina como por satisfacer su deseo, pareciéndole imposible lo que su embajador le había significado. Y como amante prudente y prevenido, mandó que le retrataran en una pequeña lámina, y que al pie le pusieran su nombre y el de su reino, seguro, sin vana presunción, de sus muchas partes: era de lindo cuerpo, airoso, bizarro de talle, blanco y pelinegro, ojos grandes, negros y rasgados, proporcionado de facciones, y lo más de todo, poderoso, afable y de raro entendimiento. Preciábase de hacer mercedes, y con esto reinaba en pacífica quietud. Dejó un deudo suyo en el gobierno de su reino, con el orden que había de seguir para remitirle las cartas y con doce grandes valientes y leales.

Prevenido de joyas y dineros, llegó a la Corte quince días antes de la entrada de la Reina. Gozó de las suntuosas y prevenidas fiestas, y la mayor para su amante corazón fue el ver a Lisena, tan admirado de su belleza que le pareció un breve rasgo cuanto le habían dicho, en comparación de la verdad. Y con este nuevo y encendido pensamiento, sin darse a conocer, se quedó en la Corte, con intento de hacer las diligencias posibles para que su retrato llegase a manos de su adorada princesa. Trabó amistad con algunos

caballeros de palacio para ganar la entrada; y aunque no consiguió su primer intento, se consolaba con verla y gozar de los festines y saraos.

A dos meses, se renovaron las fiestas por la certeza que hubo de que la Reina estaba preñada. Y como salía a los acostumbrados paseos a ver y ser vista de sus vasallos y llevaba consigo a Lisena, eran tan generales y tantas las alabanzas que todos daban a su Princesa que, reparando Clorinarda en el mucho aplauso, reinó en su pecho una envidia mortal. Con tanto extremo que pasó a ser rencor declarado, diciendo al Rey:

-¡Vuestra Majestad y toda su Corte quieren tanto a la Princesa que no se hace caudal de mí!

Sintió Ludovico los mal fundados celos con tanto desabrimiento que se encendieron en palacio algunos fuegos de continuos y pesados disgustos. Hallábase confuso, por quererlas igualmente. Teníale melancólico el temer que la Reina no abortara el deseado fruto.

Sentía Lisena el ver a su padre tan disgustado, tanto como se puede entender de su prudencia. Y una tarde que pudo hablarle a solas, le mandó llamar; y venido a su cuarto, le dijo, derramando copiosas lágrimas:

-Padre y señor, yo quiero pedirle a vuestra Majestad una merced con que me parece que los pesares de la Reina se templarán. Ya vuestra Majestad sabe que yo gusto de ir a La Isla; allí viviré contenta, considerando su quietud, aunque me atormente el ausentarme de sus ojos. Y el mayor favor ha de ser que vuestra Majestad le de a entender que me destierra por darla gusto.

Abrazóla el enternecido padre, estimando su prudencia; y pareciéndole no era fuera de propósito quietar a la Reina por el tiempo que durase el preñado, se determinó a darle gusto. Mandó llamar al Almirante, y dándole cuenta de lo que pasaba, le dio orden para que se previniera la partida con brevedad.

Publicóse luego el fingido destierro, y llegando a noticia de Enrico, fue tanto su contento que pasó a extremos de loco, pareciéndole que en La Isla tendría logro su amante pretensión. Mandó que le trajeran un poco de paño pardo y basto y que le cortasen un vestido tan bronco que, después de vestirse, quedó en la semejanza de un tosco villano. Mandóles a sus grandes se quedaran en la Corte, y que uno de ellos, disfrazado, fuera todas las semanas a llevarle los pliegos que le traían de Navarra y para lo demás que se ofreciera.

Con esto, se fue a La Isla sin esperar la partida de Lisena. Y llegado a una posada, pidiendo cama y de cenar, convidó a los dueños para introducirse; y para encubrir su grandeza dio a entender era hombre simple y falto de juicio. En el discurso de la cena, les dijo:

-Yo soy a propósito para la labranza de los campos. Héme criado en eso. Si saben de un amo a quien servir, búsqüenmelo, que yo se lo pagaré. Y si quieren algún dinero por los días que he de estar aquí, pidan lo que quisieren, que bien traigo que gastar.

Tenía Ludovico en La Isla un caballero llamado Alberto sólo a fin de guardamayor de los vedados bosques; y como sabían andaba a buscar un criado para que de noche sirviera de guarda y se quedara en una casa de campo cerca del sitio, le dieron aviso. Mandó que se le trajeran, y venido a su presencia, le preguntó cómo se llamaba y de dónde era. Respondióle:

-Yo soy de par de Aragón; en mi pueblo me llamaban Rústico Amador; llámeme como le cumpliere que a todo le responderé. Mi padre era muy ricote; vendíle unas vacadas para hacer dinero, y tomé el camino y me vine a ver mundo. Aquí traigo dos mil ducados, y se los daré para que me los guararde, pues me ha de dar lo que hubiere menester.

Parecióle a Alberto hombre doméstico y a propósito para el trabajo, y codicioso del dinero para emplearlo en el trato de las embarcaciones, lo recibió en su casa. Era casado, y tenía dos hijas muchachas, y el prudente Rey las regalaba y las traía algunas galas de lo mejor que miraba en las tiendas. Con esto, y con servir puntual a lo que le era mandado, le cobraron tanto amor como si fuera un hijo. A la sombra de su dueño, como era persona a quien todos respetaban, se fue introduciendo con los mancebos de lustre: convidábalos, prestábalos dinero, y a lo que le decían, tan graciosos disparates que ya no se hallaban sin él.

Un mes estuvo en La Isla, pendiente de sus esperanzas, y venido el Almirante con otros caballeros que habían de asistir al servicio de Lisena, mandó llamar hombres a propósito para adornar el palacio. Fue Enrico como espantado a su casa, y preguntó a su dueño:

-¿Quién son estos?

-¿No has visto otros como ellos?

-No, por cierto, que en mi tierra todos andan como yo.

Volvióle a decir:

-Estos son los grandes de Escocia, que vienen a vivir aquí porque han de servir a la Princesa.

Díjole:

-¿Quiéreme dejar ir a verlos?

Dióle licencia, y como todos te querían bien, luego que entró en el castillo empezaron a burlarse con él. Respondióles de intento tantas y tan graciosas boberías, que les provocaba a tanta risa que repararon el Almirante y los caballeros en él. Y preguntando

quién era, no faltó quien les dio cuenta de todo, y que Alberto le tenía en su servicio. Con esto, empezaron a trabar conversación por entretenerse, y como era lo que él deseaba, los entretuvo con tantos donaires que ya le echaban menos si se apartaba de allá. Y tratando el Almirante de repartir las estancias para que se aderezaran, entrando en el cuarto de Lisena para adornarlo, les dijo a los caballeros:

-En esta sala primera se pondrá el estrado; en la de adentro el dormitorio; y en la sala de más adentro el dormitorio de las damas, por que de noche estén cerca de su Alteza para lo que se ofreciere.

Estaba como al descuido atento a lo que decía, y llegando a ver qué parte caían las ventanas, creció su contento. Reconociendo el sitio, entró en la sala de las damas para ver si las ventanas caían al callejón, y halló que daban a una plaza que estaba dentro del castillo, en que se acostumbraba hacer fiestas reales a los Reyes. Con este impensado gusto, bajó en achaque de traer unos clavos que faltaban. Y dando vueltas a la azotea, puesto en el cubo de la torrecilla, como la ventana rasgada estaba abierta, alcanzó a ver tanta parte de la sala que alcanzó a ver parte del sitio en que se había de poner el estrado. Y dando vuelta a todo el callejón para ver si había otras ventanas, quedó satisfecho de que solas las dos que él había menester daban en aquella parte, tan gustoso de ver el sitio que no le cabía el corazón en el pecho. Y vuelto al castillo, ayudó a armar el dorado lecho.

Mandaron prevenir la salva de las galerillas y las luminarias, y luego que llegó Lisena, se fue a la azotea para ayudar a encender los fuegos. Y llegando a las ventanas con sus damas, gozó de contemplar su belleza. Entre las fiestas que le hicieron, era la mayor cantasen en su presencia los mancebos más diestros. Y conociendo el amante su gusto, se determinó a partir sus cuidados con su descuidado dueño. Compró una vihuela digna de sus manos, ajustando al instrumento una letra que había compuesto. Como se quedaba en la casa de campo, llegada la deshora de la noche se fue al despoblado sitio, seguro de que no podía ser oído de otra persona. Sentado al pie de la torrecilla, dio principio a la sonora armonía.

Como Lisena venía tan disgustada, pasaba los más de la noche sin dormir, espantada de oír en semejante paraje música, que ninguna vez de las que había venido a La Isla había oído. Por divertir sus penas y por la mucha inclinación, sin llamar a las damas se levantó; y abriendo la media reja del dormitorio, se puso a escuchar, presumiendo serían algunos mancebos, respeto de que ya empezaba el calor, que vendrían a gozar del fresco del mar.

Reconoció el dichoso amante, con la luna, que había persona en la reja, y seguro de que no sería otra que la que buscaba, cantó la siguiente letra:

*Lise, Aurora de los montes
y Diana de las selvas,
Amaltea de las flores,
deidad a quien reverencian:
Amor me manda que os pinte,*

*y no es posible que pueda
copiar Apeles un rasgo
de vuestra rara belleza.
¿Quién duda del pelo hermoso
que viene a robar las trenzas,
para fuego de sus rayos
el luminoso planeta?
¿Quién duda en los bellos ojos
que dulcemente se precian
de alargar con la blandura,
cuando matan con las flechas?
¿Quién duda que de esa boca,
caja de orientales perlas,
que en ámbar beben las flores
la fragancia que les presta?
¿Quién duda en las bellas manos,
que os dio la Naturaleza
lindas manos al formaros,
para haceros tan perfecta?
¿Quién puede de tantas gracias
celebrar la menor de ellas
sin perder por atrevido
la dicha de merecerlas?
¡Quiera el Cielo, Lise hermosa,
que os corone la cabeza
un rey rendido y amante,
que daros un reino intenta!*

Acabada la letra, dejó el sitio, diciendo:

-Adiós, alcázar dichoso, albergue del serafín más bello que ha dado el Cielo a la tierra.

Con esto, se fue, tocando muchas y galantes diferencias hasta salir del callejón.

Volvióse a la cama, tan admirada del repentino suceso que, llevada de su imaginación, discurriendo en varios pensamientos, empezó a decir: «¿Será posible dar crédito a lo que me pasa esta noche? ¡Cantar en este sitio, celebrar mi belleza, repetir mi nombre...! ¡Cosas me parecen de sueño! ¿Cómo podré conocer a quien me da este cuidado?»

Con estos desvelos pasó lo restante de la noche. Y pareciéndole que no podía averiguar sus sospecha estando en palacio, mandó otro día al Almirante que le armaran una tienda que se acostumbraba las veces que gustaba de bajar a ver el río. Era una espaciosa selva, poblada de álamos; preveníanse junto a la tienda alfombras para las damas, y desde allí gozaban de todo. Advirtióle al Almirante que mandara juntar todos los músicos, para que cantase cada uno de por sí, dando a entender quería escoger los mejores para las ocasiones que se ofrecieran.

Y venida la tienda, como fue público el hacer elección, cantando cada uno de por sí, conoció Enrico el cuidado, pareciéndole era la prevención para conocerle. Y gustoso con la presunción, trató de darle nuevos cuidados, dando a entender que la entendía. Y a la hora del común silencio, se fue a la torrecilla, y dando principio al sonoro instrumento, contenta de ver que perseveraba y reconociendo al gustoso amante que había llegado a la ventana, cantó la prevenida letra:

*Montes, pues Lise me escucha,
contento vengo a deciros
que celebren vuestros ecos
las glorias que yo repito.*

*Cuidados disimulados
me han dado claros indicios
de presumir un favor
que ya tengo merecido.*

*Lise me busca, y sin duda
de su cuidado imagino
que no me tiene de hallar,
pues por ella estoy perdido.*

*Decídle de parte mía
que sólo sabe este risco
quién soy porque teme el alma
rigores de su castigo.*

*Con las dudas de perderla,
el miedo de aborrecido
me obliga a morir callando
sin atreverme a decirlo.*

*Algún día querrá el Cielo
que estemos los dos unidos:
Lise a estimar mis finezas,
y yo a sus plantas rendido.*

*Mas, ¡ay!, que tarda el tiempo y sólo vivo
de la gloria que tengo si la miro;
y elevado en su cielo,
es gloria en mi cuidado mi desvelo.*

Cantó con tan tristes acentos los últimos versos, que no le dieron lugar a proseguir, aunque llevaba intento de entretenerla con diversas letras, y suplieron los suspiros los acentos que le faltaron.

Con esto, se fue, dejándola tan disgustada: «¡Mal haya tanto miedo! No sé si le agradezca el respeto, pues no será posible averiguar quién es. Claro me ha dicho que no vive sino cuando me ve. Según esto, no entra en palacio, y hasta conocerle he de dar ocasión a que me vea...»

Con esto, le mandó al Almirante y a sus caballeros que se dispusieran algunos bailes y entretenimientos para divertirla, porque estaba melancólica; y que se le armase la tienda todas las tardes, para gozar del fresco.

Era Alberto gran jugador de pelota, y mandó que la avisaran, porque gustaba de verle, y a otros mancebos que se preciaban de jugar bien. Y venida a la tienda, deseoso el encubierto amante de introducir conversación, con la capa de la simpleza se llegó a su dueño, luego que se empezó el juego.

-¡Ah, mi amo! ¡Déjeme jugar con estos y verá cómo les gano el dinero para que sus muchachas merienden!

Rehusólo, por el hábito bronco, y los caballeros, como ya le conocían, le mandaron que le dejase jugar. Llegóse a los mancebos, preguntándoles:

-¿Cuál de vosotros juega más?

Respondióle el hijo del Gobernador:

-¡Yo! Y pondré de partido quinientos escudos. Y si te los gano, ¿quién sale por tí?

Respondió el Almirante:

-Juega, que si Amador perdiere, yo salgo a la paga.

Ganóle el dinero al mancebo, y al querérselo pagar, mostrando tristeza, no le quiso recibir, diciéndole:

-Yo no quiero tu dinero, sino tu amistad.

Con esto, no pasó adelante, y lo restante de la tarde la entretuvieron con los bailes prevenidos.

Y vuelta a su palacio, le preguntó al Almirante quién era aquel hombre. Refirióle todo lo que le había contado, diciendo:

-Prometo a vuestra Alteza que en mi vida he visto simple más gracioso, y a no serlo tanto, podía ocupar la plaza de bufón en palacio.

Con esto, refirió algunas boberías de las que te había oído. Y después de haberle dado la cena, cuando se retiró para que la desnudaran les dijo a sus damas:

-Cuando bajemos mañana a la selva, hablad a este hombre, que gustaré de oírle.

Y quedando sola, discurriendo en su cuidadoso pensamiento, dijo: «¿Sería posible que sea este hombre el mismo que escucho en la música, y para encubrir su grandeza se valga de esta estratagema...? En la tienda no puedo faltar a mi decoro... ¡Resuelta estoy a satisfacerme!»

Y con este nuevo pensamiento, dijo a sus caballeros el siguiente día que gustaba de entrar en los bosques a cazar de volatería. Y luego que llegaron a los vedados sitios, como las damas iban advertidas, le empezaron a decir a Enrico algunos donaires, para provocarle a que respondiera. Cumplióles el deseo con tanta risa de todas, que no fue poco en Lisena el disimular la suya. Y levantándose al ruido de los primeros tiros una bandada de palomas a favorecerse en las ramas de los espesos árboles, una de ellas era tan blanca y pomposa que dijo Lisena:

-¡Tíradle a aquella paloma, que gustaré de verla caer!

Y enarbolando uno de los cazadores la ballesta, le detuvo Enrique, diciéndole:

-Dame, que yo tiraré.

Apuntóla, con tan gran acierto que la cándida avecilla cayó bañada en rojos granates. Díjole una de las damas:

-Amador, lindo pulso, ¡bravo tiro!

-No os espantéis, que como apunto al blanco tiré con cuidado, por no errar el acierto.

Esto dijo poniendo los ojos en Lisena aunque de paso, cosa que la obligó a sonrosar el rostro, y no tan poco que no conociera el efecto que había hecho.

Cuando volvió a su palacio, por hallarse calurosa, mandó que no se cerrara la ventana de la sala. Y llegada la hora de la música, como salía siempre a escucharlo, después de haber cantado algunos sainetes, poniéndose de pies en los poyos del cubo, mirando a la sala, dijo recio:

-¡Bien haya quien dejó esta ventana abierta, pues aumenta mi gloria en darme lugar de que ponga los ojos en aquellas alfombras!

Con esto, se fue. Y pareciéndole que sería bastante dejarla abierta, se estaba tan cuidadosa como él presumía. En caso de duda, por lo que sucediera, buscó una ballesta bien armada, y en una flecha puso un papel. Llevóla con su instrumento, y hallando la ventana abierta, por no asustarla, se valió de la música. Y luego que salió a la reja, puesto

de pies en el cubo, disparó la flecha con tan sobrada pujanza que dio a la mitad de la sala; y por dar lugar a que la viera, no cantó aquella noche.

Admirada del valeroso atrevimiento, salió a ver lo que había tirado. Y hallado el papel, leyó en él las siguientes razones:

«Seguro de que vuestra Alteza, como deidad superior y divina, no se dará por ofendida de verse adorada de un hombre tan loco de amor que se determina a tan grandes arrestos, escribo estos renglones, no porque espero respuesta (pues fuera el presumirlo mayor atrevimiento): bástame para vivir contento que vuestra Alteza sabe que vive encubierto en esta Isla quien pretende su mano con presunciones de merecerla.»

Quedó tan picada que, pasando el papel muchas veces, decía: «¡Mal haya La Isla! ¡Nunca yo hubiera venido a ella, pues huyendo de la Corte y de los pesares que me daba la Reina he venido a tenerlos mayores, sin poder averiguar quién me los da, pues ya me tienen de suerte que no sé si diga que tanto cuidado nace de amor, y amar sin saber a quién será desdicha, cosa que me puede costar la vida...! Este hombre no entra en mi palacio. Yo he de bajar a La Isla, para que la oiga a las manos.»

Otro día, mandó al Almirante que se hicieran fiestas. Llamó al Gobernador para prevenirle de lo que le era mandado. Venían cerca las Carnestolendas, y los mancebos hacían una ridícula y bulliciosa fiesta. No había venido Lisena a tiempo de verla. Propuso el Gobernador el caso, y preguntándole qué cosa era, respondió que los mancebos echaban suertes para sacar un rey de los gallos, para obedecerle y festejarle aquellos tres días; con tal condición, que al que le tocase la suerte había de dar a veinte criados libreas, y que estas se hacían de oropel, papeles de color y otras cosas para mayor risa; que al rey le ponían en la caperuza una corona de papel y se le daba un bastón en señal de mando. Estaba obligado a darles el domingo una comida, y que a él se le habían de dar los gallos que se corrieran. En la selva adonde a su Alteza le armaban la tienda, se ponía una maroma de un árbol a otro, y allí se colgaban los gallos; y que se les vendaban los ojos a los que los corrían, y que verlos caer y maltratarse causaba general alboroto. Y el domingo por la mañana, con danzas y atabalillos, paseaban al rey por todas las calles de La Isla. Parecióles a los caballeros que sería gustosa, y le mandaron que la previniera.

Supo Enrico lo que pasaba, y deseoso de presentarse a los ojos de su Princesa con galas de amante, aunque rústicas, se fue a casa del Gobernador y le dijo:

-Si hace que me hagan rey te daré un balandrán pintado como él quisiere, y a los que han de ser mis vasallos libreas de importancia para que se queden con ellas y las rompan en los bailes, que esto de papeles no es cosa para que lo vea su Alteza.

Enviólos a llamar. Y sabido lo que el rústico prometía, le dieron el bastón. Con esto, se fue a su casa. Y diciéndole a Alberto lo que pasaba, le dijo:

-Pues se tiene allá esos dos mil ducados, cumpla con todo lo que es menester y quédese con lo demás.

Y preguntándole lo que había de hacer, le respondió:

-Al Gobernador le ha de dar un balandrán, y a mis vasallos vaqueros y monteras de tafetán verde, guarnecidos con pasamanos pintados. Y para mí un vestido de raso encarnado, guarnecido de cortaduras negras del mismo raso; la corona ha de ser negra y orlada con oro, y las cortaduras han de ser de esta manera... -dándole un papel en que estaba una S grande- Y prevenga una buena comida. Y ahora deme los reales de a ocho, que los he menester.

Tomólo todo por memoria, y dándole el dinero que le pidió, tomando Enrico el bastón, se fue a casa de un pintor, de estos que hacen cosas de papelón: dándole el dinero y el bastón, le dijo:

-Vos me habéis de hacer en una tablilla una polla muy pintada de papelón, y me la habéis de clavar en ella, que no se caiga, y habéisla de clavar en este bastón; y pendiente de ella habéis de poner otra, y en ella me habéis de escribir esta coplilla de letras grandes. Y no habéis de decir nada hasta que la vean, porque quiero dar que reír a estos marquesotes.

Prometió el secreto, contento con la paga. Y como el Almirante estaba cuidadoso de la fiesta, preguntando en qué estado estaba, el Gobernador te refirió lo que había, y cómo el rústico era el rey, cosa de que se alegraron. Y como todo era a fin de divertirla, como la veían melancólica, cuando sirvieron la cena le refirieron lo que el Gobernador les había dicho. Y aunque lo disimuló, quedó turbada con el gusto de la consideración, pareciéndole que la disposición de las galas no eran de hombre mentecato; y acreditando la sospecha, le respondió:

-Cuando le saquen al paseo, le mandaréis que venga a palacio, porque gustaré de verle pasar.

Venido el domingo, se fueron todos a casa del Gobernador, a tiempo que ya se estaban vistiendo. Y como los visos de lo encarnado lucían tanto con lo negro de la guarnición, y de suyo era tan airoso y tan blanco, como estaba abochornado les pareció tan bien a los caballeros que les pesó de que un hombre de tantas partes fuera simple. Díjole el Almirante:

-Ahora habéis de ir a palacio, porque su Alteza quiere veros pasar.

Advertid que el rey es majestad, y en llegando a dar vista a las ventanas le habéis de hacer tres reverencias con mucha gravedad.

Volvió a mirar los mancebos sin responderle, y les dijo:

-En llegando a donde está su Alteza, haréis calle tantos de una parte como de otra, para que yo pase y haga estas reverencias que dice el Almirante.

Y pidiendo el bastón, celebraron todos con mucha risa el jeroglífico de la polla y de la letra.

Salieron al paso, y avisando a Lisena, llegó para verle a unos balcones que daban a La Isla, acompañada de sus damas. Luego que le vieron, obedeciéndole sus vasallos, pasó por medio con pasos graves y medidos; y quitándose la caperuza en que estaba la corona, después de haber hecho las reverencias, se quedó destocado, diciéndole al Gobernador que danzaran en presencia de su Alteza tres danzas que traían.

Acabados los bailes, volvió a repetir la cortesía, y al proseguir con el paseo, dijo el Almirante:

-No puedo creer sino que este hombre es algún caballero de importancia, y por algún acaso de fortuna anda encubierto y peregrino.

Respondióle otro caballero llamado don Rodrigo:

-¡Espántome de que Vuecelencia diga una cosa como esa! ¿Ahora sabe que la aprehensiva de un loco es de las cosas más fuertes que tiene el mundo? Como le advertimos que el rey es majestad, llevado de su aprehensiva, representó el papel al vivo.

-No hay duda de que es verdad lo que dice don Rodrigo -respondió otro caballero llamado don Alejandro-. Cosas se cuentan de locos dignas de ser memorables.

Respondió otro llamado don Sancho:

-Yo pudiera contar muchas, a no ser tan tarde.

Con esto, subieron a dar la comida, y Lisena preguntó qué significaba la insignia que llevaba en la mano. Respondióla el Almirante:

-Es costumbre el dar los gallos al que es rey; y el rústico, de su inventiva, sacó la invención de una polla, que va en lo alto del bastón, y en la tablilla pendiente mandó que le escribieran una coplilla. Y la tomé de memoria para referírsela a vuestra Alteza, la cual dice así:

*Aunque soy «Rey de los Gallos»,
no me los deis en la olla,
que mejor es esta polla.*

Celebraron el donaire todas con mucha risa, y Lisena, en duda de la verdad, quiso regalar a su encubierto amante, y respondió:

-Como yo he de ver esta fiesta, pide en eso que se le haga alguna merced: envíadle estos días cuatro platos y una polla, y désele ración por el tiempo que estuviéremos aquí; y pónganle esta tarde el asiento cerca de mi tienda, porque gustaré de oírle.

Refirióle el Almirante la sospecha que habían tenido, la cual creció más, porque, bajado a comer, le envió a llamar; y venido a su presencia, le dijo:

-Amador, su Alteza ha gustado del donaire de la polla, y ha mandado se os den unos platos de regalo y ración el tiempo que estuviéremos aquí. Cuando esta tarde baje a la tienda, habéis de hincar la rodilla, y con mucha cortesía le habéis de agradecer la merced que os hace.

Miróle con severidad, diciéndole:

-¡Andad de ahí, que sóis un tonto! Si el rey es majestad, como vos decís, ¿no veís que la pongo en lugar inferior llamándola de Alteza? -y volviéndole las espaldas, le dijo: Enviadme esos platos, que quiero comer.

Admirados de escucharle, dijo don Sancho:

-Cierto que estoy por acreditar la sospecha del Almirante.

Y llegada la hora de acompañarla para que bajase a la selva, le volvieron a referir lo sucedido, y gustosa de escucharlos, dijo a una dama llamada doña Inés de Palma:

-Decídle algo acerca de la majestad cuando esté en mi presencia, para ver lo que responde.

Y venido a la tienda, le advirtieron que el sitio de las alfombras era para que se sentara; y entrando en ellas, hizo una reverencia hasta hincar la rodilla, y quitando la caperuza en que estaba la corona, la dejó en el suelo y tomó asiento. Como doña Inés estaba advertida, le dijo:

-¿Cómo deja vuestra majestad la corona en el suelo?

Respondióle:

-¿A dónde os parece que puede estar más alta que a los pies de la Princesa de Escocia?

Miró la camarera a las demás, diciendo:

-En verdad que podemos acreditar lo que dice el Almirante, que estas boberías tienen mucho de discrección.

Acreditó Lisena por evidencia la presunción que tenía, y llegada la Cuaresma, no continuó Enrico las músicas, por la decencia del tiempo. Cosa que le causó tanta melancolía a la cuidadosa dama, que dijo un día al Almirante mandase prevenir las galerillas para entrar en el mar. Acostumbraban ella y sus damas, por excusar el embarazo de los verdugados, el vestirse de corto a lo labrador. Acudió la gente a ocupar

las barcas para verla, y Enrico se entró en una por donde había de pasar, por verla subir a su galera. Y después del paseo, llegada la hora de volver a tierra, divertido el barquero en verlas desembarcar, amarró la barca con la escalerilla tan floja que, al entrar el Almirante para servirle de bracero al bajar, fue en tan desgraciado punto que, apartándose la barca con el movimiento de las aguas, dio en el río sin poderla detener. Arrojóse Enrico con tan veloz presteza que a todos les pareció un ave, y asiéndola con el valeroso brazo por la mitad del cuerpo, asió una cuerda que le arrojaron con la otra mano y sacóla con brevedad, tan fuera de su acuerdo que les pareció estar difunta. Y desesperado con la presente pena, sin acordarse de la simpleza, dijo a los caballeros:

-Llevadla luego al palacio, que el resfrío de las aguas le puede dañar. Y se hará una cosa que yo os diré, que la hicieron para mí otra vez que caí en el mar.

Metióse la camarera en una silla, y tomándola en los brazos mientras la subieron al castillo, le dijo al Almirante:

-Habéis de hacer que en una paila, se ha de echar cantidad de vino, unos sarmientos y cogollos de romero; y en hirviendo, habéis de empapar una sábana, cuan caliente se pueda; y desnudándola hasta la camisa, la envuelvan en ella, y cárguenla de ropa para obligarla a sudar. Hágase una infusión de camuesa y agua de azahar mixturada de coral, oro y piedra bezal; espesa y bien caliente se la apliquen al corazón, y prevéngase una bebida cordial para cuando vuelva del desmayo.

Había dos médicos en La Isla, y refiriéndoles lo que el rústico había dicho, aprobaron el remedio, aunque el uno de ellos dijo:

-No sería malo darle unas ligaduras muy apretadas.

Enfadado, le respondió:

-¡Idos a dar esas ligaduras a vuestra mula! -diciéndoles algunas boberías, que casi los provocó a risa.

Mandó el Almirante que se hallaran presentes a prevenir los medicamentos, y traída la paila con la sábana, se retiraron a la sala para dar lugar a que la desnudaran. Díjole la camarera:

-Amador, dejemos resfriar esta sábana un poco, porque está muy caliente.

Llegó a tenerla, y pareciéndole estaba buena, le dijo:

-Ponédsela, que más vale que se queme, que no que se muera.

Hiciéronlo así, echándola ropa bastante para que sudara. Dos horas estuvo sin volver en su acuerdo, y abiertos sus hermosos ojos, halló a sus damas tan llorosas cuanto pedía la presente pena. Preguntándole cómo se sentía, respondió estaba cubierta de un gran sudor;

y preguntando qué era lo que la habían puesto, lo refirió la camarera, diciéndola que el rústico lo había ordenado, y el valor con que se había arrojado al mar para librarla. Y arrebatada de su imaginación, sin advertir lo que decía, le respondió:

-¡Quién sino un rey amante pudiera tener tanto valor...! Preguntadle si me pueden quitar esta ropa.

Y llegando a decir lo que le era mandado, le respondió «que con unas toallas tibias le vayan limpiando el sudor blandamente, y mudándote la ropa sahumada y caliente». Oyó la cuidadosa enferma lo que decía, y sin esperar a que lo refiriera, le mandó lo ejecutara. Hízose todo con brevedad, y resuelta a tenerle cerca de su persona, les dijo:

-Decidle que entre, y a mis caballeros que les quiero alegrar con la mejoría.

Entraron todos, volviendo a repetir la presteza con que se había echado Enrique a las aguas. Miróle algo cariñosa, diciéndole:

-Los medicamentos de esta noche son tan acertados que me siento buena: no serváis de guarda, servidme a mí, que el tiempo que estuviere en La Isla, si tuviere algún achaque, quiero que vos me curéis.

Quiso arrodillarse para agradecer el declarado favor, tan turbado que, tropezando en la alfombra que estaba delante de la cama, le fue preciso poner las manos en el borde para detenerse. Riéronse todos, y don Sancho le dijo:

-¿Qué es eso, Amador? ¿Así te turbas?

Miróle, diciendo:

-¡Cuerpo de tal con vos! ¿No queréis que me turbe, si desde criado de Alberto he dado un salto a médico de cámara?

Con estos donaires, la entretuvo un rato, diciéndola tomase la bebida, y que dentro de una hora se la diese de cenar.

El día siguiente, entrando los médicos a visitarla, la hallaron sin accidente, cosa de que todos se alegraron, significando uno de ellos, como por admiración, el asombro que le había causado que un hombre tan incapaz dispusiera cosa tan importante. Quiso aventajar el favor:

-Mucho le debo a Amador, pues le debo la vida.

Respondióle, como estaba presente:

-Y que mucho hiciera yo en perderla en servicio de vuestra Alteza, cuando no la estimo para otra cosa que para servirla.

Determinaron que guardase la cama ocho días, y pasados los cuatro, contenta de ver que no tenía novedad y para significar la pena del pasado susto, después de haberse recogido todos al común

descanso, tomando su instrumento se fue al despoblado sitio. Luego que le oyó, fiada en el valor, abrigándose con un manteo de rizada lana y un serenero, llevo a la ventana; y por no detenerla, cantó la siguiente letra:

*¿Cómo es posible que un ángel
esté sujeto a las penas,
cuando es gloria para un alma
el contemplar su belleza?*

*Padecer eclipse el sol
es presagio que a la tierra
le da a entender que es criatura,
aunque es inmortal planeta.*

*Si en las deidades humanas
predominan las estrellas,
cuando tan loco os adoro,
no os espantéis de que tema.*

*¡Ay Lise, adorado sueño!
¿Cómo en mi pecho se alienta
la voz para pronunciar
los miedos que me atormentan?*

*Muera yo de mi dolor,
vivid vos; y el Cielo quiera
que del feudo irremediable
pague mi vida la deuda.*

Acabada la música, dejó el sitio, diciendo:

-El calor no excusa el riesgo de los atrevimientos que pueden causar un resfriado.

Contenta y satisfecha de que el fingido médico era el encubierto amante, al pasar por debajo de la reja le arrojó un poco de agua de unas alcarrazas que estaban en ella. Detúvose, diciéndole:

-Agua de ángeles no es razón que caiga en la tierra: ¡venga más, que bien es menester para templar algo del fuego que me abrasa!

Echóle otra poca, tan risueña que casi le tocó el acento en el oído. Con estos motes y otros muchos lo pasaban los enamorados amantes, sin determinarse a mayores empeños: Lisena, atenta a su decoro; y Enrico, temeroso de no disgustarla.

Y una mañana amaneció en La Isla correo de la Corte, y pidiendo albricias de que la Reina había parido a luz y había dado Príncipe a Escocia. Leídas las cartas, mandó Lisena que previnieran fiestas reales, y que en la plaza del castillo se hiciesen andamios para la gente de La Isla. Y como estaba tan introducido, valiéndose de la fingida simpleza, le dijo al Almirante.

-¿Los médicos de cámara pueden entrar a correr los toros?

Respondióle:

-Sí, si quieres entrar en ellos bien puedes.

Con esta permisión, sacó librea conforme a los demás. Y para declararse y ver el efecto que surtía su diligencia, juntando a los caballeros les dijo:

-No sería malo que, antes de los toros, entráramos en la plaza a jugar unas canas, y que lleváramos todos adargas y divisas, significando cada uno el estado en que tiene su amor o pretensión.

Como don Rodrigo le tenía por mentecato, le respondió:

-¿Pues sabes tú qué es pretensión y amor?

Respondióle:

-¡Bravo tonto sós! ¿No véis que las muchachas de Alberto me quieren mucho porque las llevo golosinas?

Celebraron el simple galanteo, y como algunos galanteaban las damas de Lisena, les pareció a propósito el seguir su parecer. Don Rodrigo galanteaba a la Camarera, y llegando todos a casa de un pintor, llevando tafetanes a propósito, le mandó don Rodrigo retratasen el suyo: un caballero de rodillas con una cadena a la garganta, y una dama en pie con el cabo de la cadena en la mano. Y decía así la letra:

Aunque me véis en cadena,
es tan dulce mi prisión
que aspiro a la posesión
de jüez que me condena.

Don Sancho servía a la Secretaria, y para darlo a entender mandó que le pintaran un caballero con un candado en la boca, y decía así el mote:

*Es tan secreto mi amor
que el dueño de mi cuidado
puso en mi boca el candado
por que no diga el favor.*

Don Alejandro servía a doña Inés de Palma, y para significar el nombre en los jazmines y el apellido en la palma, mandó que le pintaran una, cercada de muchas varas cubiertas de la misma flor; y al pie un caballero caído en tierra, con el pecho atravesado de una flecha y el dios del Amor apuntándole con el arco a dispararle otra; y decía la letra:

*Los jazmines de esta palma
me tienen tan malherido,
no las flechas de Cupido.*

Enrico mandó pintar en el suyo un globo a modo de cielo, y en medio una cara de un serafín, con la luna y el sol a los lados; y en lo bajo un pedazo de selva, con algunas matas y florecillas, y en una de ellas un pajarillo y el cuello alto, como dando a entender quería volar; y la letra decía:

*Aunque me veis en el suelo,
he de volar hasta el cielo.*

Acabadas las pinturas, contó el Almirante a Lisena lo que pasaba, diciéndole que el rústico había dado el asunto. Y contenta de verle tan declarado, le dijo:

-En acabando las fiestas haréis que suban todos a la sala, y recen. Y veré los motes, para que me sirvan un rato de entretenimiento.

Y llegado el día de las fiestas, mostró el valiente Rey su bizarría, condenando a la muerte los brutos que le hicieron cara para embestirle, con tanto aplauso de todos los isleños que, a estar las damas en sospecha, conocieran en el rostro de Lisena el gozo interior que le bañaba el pecho.

Acabadas las fiestas, subieron todos arriba. Y sentándose el Almirante para juzgar los premios que ya tenía prevenidos, y traídas las pinturas para que Lisena las viera, después de haber visto la de don Rodrigo, mandó al juez le diese premio: diole una vuelta de cadena, diciéndole que, pues se hallaba tan bien con las prisiones, le había parecido a propósito doblarle las cadenas. Tomó el premio con mucho gusto de la contenida. Y vista la divisa de don Sancho, le dio una llave de plata asida a cordón, diciéndole estaba compadecido de verle mudo, y como amigo le daba llave para que pudiera publicar su dicha. Celebraban las damas con mucha risa los graciosos premios, y traída la pintura de don Alejandro, le dio una banda de gafas de oro guarnecida de las mismas puntas, diciéndole que se la daba en nombre de su pastora, para que el favor le alentase a convalecer.

Traída la pintura de Enrique, la miró Lisena con particular atención, pareciéndole que en el ciclo y serafín significaba su belleza, aunque dudosa de lo que contenía el pajarillo. Mandó que se le diese premio, y el Almirante, por hacer más ridícula la fiesta, había mandado prevenir una jaula adornada de colonias y tejones, y traída a su presencia, se la dio, diciéndole:

-Amador, como tienes ese pajarillo libre, me ha parecido darte esta jaula, para que le encierres por que no se vuele.

Tomóla con mucha gravedad, y respondió:

-En vuestra vida habéis andado más prudente que ahora, pues me tratáis como a loco en darme jaula: y os juro que os la he de pagar con un ducado.

Quedó Lisena tan picada con la encubierta merced, que propuso de buscar ocasión para decirle se declarase. Atajóle el intento el venir segundo correo con nuevas cartas, a tiempo que Enrico no estaba allí. Y leídas las cartas, le dijo el Almirante.

-Parece que vuestra Alteza ha recibido disgusto con lo que escribe el Rey mi señor...

Respondióle:

-No os espantéis de mi pesar, que envía mi padre a decir que la Reina, como se halla contenta, le ha pedido me vuelva a la Corte luego se disponga mi partida, porque me dice que ha de venir por mí dentro de seis días.

Con esta orden, mandó llamar hombres a propósito para disponer lo necesario. Fue a tiempo que entraba Enrico, y como los halló alborotados, preguntó a un paje la causa. Respondióle:

-Nos vamos a la Corte.

Quedó tan pálido el semblante con la mala nueva, que la enamorada dama conoció en lo mortal del rostro que su pena era pagada con igual correspondencia. Y para divertirlo y obligarle a que se declarase, le dijo:

-Amador, ya llegó el tiempo en que os he de premiar: en viniendo mi padre, le he de contar lo que ha pasado y le he de pedir que os haga médico de cámara.

Estimóle la merced, como dijo en público, y temeroso de que lo ejecutara, visto que les mandó a las damas se fuesen a prevenir lo que tenían que disponer, sacando el retrato del pecho se le dio, diciéndole:

-Perdone vuestra Alteza este atrevimiento, y mire si el original de esa copia puede servir la plaza de un doctor.

Y sin esperar a más, le volvió las espaldas, dejándola tan turbada con el repentino gusto que en mucho rato no volvió en sí. Mandó que le llamasen al Almirante, y habiendo venido a su presencia, le dijo:

-Yo siento el volver a los pesares pasados, y segura de vuestra lealtad, os encargo hagáis de vuestra parte con mi padre lo que fuere posible para que me de estado. Y quiero saber qué personas eran los pretendientes de mi casamiento.

Respondióle:

-Como su Majestad cerró la puerta, no se trató de pedir los retratos. Lo que yo sé decir es que cualquiera de los tres es digno de merecer a vuestra Alteza, en particular el Rey de Navarra, pues le hacen fama del más poderoso y bizarro que tiene el mundo.

Dióle el retrato, diciéndole:

-Pues mirad esta copia, a ver qué os parece.

Tomóla, y leído el rótulo, le respondió:

-Ya vuestra Alteza sabe que esto no me coje de susto: siempre tuve la sospecha de que era hombre de valor, aunque no presumí sería cosa tan alta.

Respondió Lisena:

-Os juro por quien soy que no ha media hora que yo lo sé; y pues me habéis criado, no excusaré el decirlo que me pasa. Todas las melancolías que habéis visto que he padecido nacen de la confusión en que el Rey me ha tenido. Ya sabéis que le debo la vida, y cuando no le debiera más que haber estado tanto tiempo en esta Isla, sujeto a que le hayáis tratado como a hombre falto de juicio. No quiero negaros que me tiene obligada; está mortal con la pena de mi ausencia... Buscadle de mi parte, y dadle a entender que estimo su cuidado, y que, pues ya es preciso volver a su reino, que tendré gusto de que me asista hasta dejarme en palacio.

Con esto, le fue a buscar; y hallándole en la sala que daba vista a La Isla, de pechos en una ventana, tan absorto que parecía inmóvil, se llegó con el sombrero en la mano, diciéndole:

-¿Ahora que vuestra Majestad había de estar contento, se muestra tan triste?

Parecióle era gana de entretenerse con las simplezas pasadas, y le respondió:

-Váyase vuecelencia con Dios, que no es ahora tiempo de gracias, que ya pasó el rey de los gallos.

-No hablo yo en eso -dijo el Almirante-. Ya sé que hablo con el Rey de Navarra: su Alteza me ha enseñado el retrato, dándome cuenta de todo lo que pasa.

Echóle los brazos al cuello, diciéndole:

-¡Padre, este nombre merecéis! ¡Todo mi reino es poco para premiaros con la nueva que me dáis! ¿Es posible que mi señora Lisena estima mi fineza?

Respondióle:

-Estímalas tanto que tiene gusto de que vuestra Majestad no se ausente hasta dejarla en su Corte.

Tardó Ludovico seis días en venir, y en este tiempo se reconoció Lisena tan obligada, que le dio a entender claramente no daría la mano a otro.

Luego que llegaron a la Corte, dejó a uno de sus grandes para que sirviera la plaza de embajador, con poder para que concediera todo lo que importase a los conciertos en la forma acostumbrada. No se descuidaron los demás pretendientes en enviar nuevos embajadores. Y llegados a la Corte, salió el navarro en público.

Dio Ludovico audiencia, y cada uno propuso, alegando de su parte los méritos de su dueño. Despidiólos con decir se fuesen a descansar, mientras se determinaba lo que había de responder. Con esto, se tomaron los retratos, y quedando a solas con el Almirante, le dijo:

-Yo quiero tanto a Lisena que sentiré errar esta elección.

Respondióle, como quien sabía lo que había de decirle:

-Si vuestra Majestad sigue mi parecer, lo mejor sería darle a entender a su Alteza que se trata de darle estado, y pedirle haga elección, pues eligiendo a su gusto no hay duda de que irá contenta.

Parecióle bien al Rey y aquella noche, entrando en su cuarto después de haberle dado a entender su determinación, enseñándole las copias le dijo:

-El mayor gusto que me has de dar será el decirme cuál te parece a propósito. El casamiento es cosa que se acaba con la muerte, y sentiré que vivas disgustada.

Rehusólo, diciendo:

-Yo no tengo más voluntad que obedecer a vuestra Majestad.

Y visto que le porfiaba, tomó los retratos, y reconociendo el que tenía en el alma, se le volvió, diciendo:

-Este es el mejor, a mi parecer.

Con esto, se efectuaron los conciertos, con los requisitos acostumbrados. Despachó el embajador por la posta, enviando a decir por su carta estaba señalada la ciudad de Estella, en el dicho reino de Navarra, para las entregas, diciendo el día efectivo que había de llegar a ella.

Desposóse el Rey con su hija en virtud de los poderes, y pidió a Clorinarda le permitiese el irla acompañando. Y llegado el día señalado de su partida, hubo a un tiempo fiestas y llantos. Acompañáronla doña Inés y la Camarera, y otros muchos caballeros.

Y sabido Enrique el señalado día, quiso aventajar sus finezas. Y acompañado de sus grandes llegó a la ciudad referida, y al verse los dos reyes, quedó Ludovico tan pagado de su bizarría que lo dio a entender diciéndole se tenía por dichoso de ver a su hija tan bien empleada.

Cuatro días estuvo de secreto, confiriendo algunas cosas importantes a la conservación de los reinos. Volvió a su Corte para hallarse a la prevenida entrada, y Ludovico, dando los brazos y la bendición a su hija, mandó al Almirante y a otros muchos caballeros la acompañasen hasta dejarla en su Corte.

Recibióla el amante esposo con tan majestuosa grandeza que los dejó admirados. Detuviéronse dos meses para gozar de las alegres y prevenidas fiestas. Y llegado el día de su partida, los honró a todos con magníficas mercedes. Y dándole al Almirante un decreto real, le dijo:

-Por este os hago merced de seis lugares en mi reino, con título de duque de Sangüesa.

Besóle la mano, diciéndole:

-Vuestra Majestad ha cumplido su palabra en darme el ducado de la jaula...

Detuviéronse a celebrar con alguna risa memorias pasadas. Y venidos a la corte de Escocia, refirieron a Ludovico la grandeza del recibimiento, cosa que le dejó contento.

Reinó Lisena largos años, colmando el Cielo su dicha con ilustres descendientes.

Conclusión

Tan gustosos quedaron todos los circunstantes de haber oído lo bien dispuesto de la novela de doña Leonor que, engolosinados en lo dulce de su representación, aunque no les hubiera prometido el día antes referir la Fábula de Orfeo y Eurídice, le pidieran que volviera a repetir otra cualquiera cosa, porque le daban sus acciones tanta viveza que, aunque no fuera lo referido de suyo tan gustoso, por el modo con que lo adornaba su

donaire se daba a desear. Con que conociendo doña Leonor el gusto de sus oyentes, por despenarlos les dijo:

-Aún no he acabado con la obligación de mi empeño, pues me queda por satisfacer con la Fábula que ayer prometí. Y así, por despenarme presto de este cuidado, aunque haya de ser penoso rato para los oídos de los circunstantes, digo así...

Dieron todos gustosos aplausos a su sazonado desembarazo, y pagaron con admiraciones de la atención los agrados que mostraba la noble señora en hacerles corto el tiempo, y así comenzó la Fábula en esta forma:

*Ocioso el pensamiento
por dar treguas a un vano sufrimiento,
consulto con la pluma
si hay alegría alguna
que pueda del cuidado
quietarme en un desvelo emperezado;
y ocurre a mi memoria
mal distinta la historia
de Eurídice y Orfeo,
adoptivos amantes del Peneo.
Canto por divertirme;
el que quiere, pues, podrá seguirme,
y si no le contento,
arrimarme a un ladito. Va de cuento:
Siendo Orfeo muchacho...
(¿Tengo juicio? Sin duda estoy borracho,
que no sé su linaje,
y es en un fabulista grave ultraje
dejar la parentela
sin referir del nieto hasta la abuela
del caso que se cuenta,
porque es hacerle afrenta;
mas ocurre un remedio
con que puedo estar libre por enmedio,
diciendo fue una puta,
mujer exenta, libre y disoluta
la madre del muchacho,
y con buen continente y libre empacho
defenderlo, que es eso
ponerle mil esmaltes al suceso.
Si alguno se picare,
haga la información que le cuadrare,
que yo excuso el sabello,
granjeo el ser leído o parecello,
que en casos semejantes*

pasan por doctos otros ignorantes).
Ya tenemos a Orfeo
de hoz y coz en la fábula, y me veo
libre de ese embarazo,
y se me queda saboreando el brazo.
A Eurídice pasemos,
con que mi confusión aquí no es menos,
que no han de ser entrambos
echados a la piedra. Pues veamos
de Eurídice el linaje,
el consorcio, la unión, el maridaje
de sus progenitores:
otro ardid aquí ocurre, mis señores,
diciendo que fue hija del Peneo,
que a cada paso veo
achacar a los ríos
estos recientes partos o estos fríos,
y tenga esta belleza
en el agua estampada su flaqueza.
Ya, pues, mi Dios loado, tiene la narración
mejor estado;
no examinemos de ambos la crianza,
que es eso para mí pueblos en Francia.
Dejemos las mantillas,
trompos, muñecas, argolla, almohadillas
y en edad más madura
vea Orfeo a su ninfa en la espesura
(censure el que quisiere,
que yo puedo ponerla do quisiere).
El mozuero cantaba,
no como quiera, así se las pelaba.
Y viéndola sentada,
la mejilla en la mano reclinada,
sin templar, sin toser, sin tomar punto,
rompió la voz el aire todo junto,
con que se vió asaltada
la ninfa y alterada;
procura levantarse,
diligenció ausentarse,
mas puso tal cuidado
el garzón al tonillo comenzado,
que quedó suspendida,
y no bien levantada ni caída;
quedóse en el estado
que llaman los poltrones recostado,
y más atenta escucha

(no quedó pez ni trucha
que, olvidando la concha y sus escamas,
mal vestidos de lamas,
no ondeen cudiciosos
y procuren curiosos
gozar la suavidad de la armonía).
Eurídice, suspensa, se dormía,
y Orfeo con secreto
pescómela el colete,
echóla entrambas manos;
despierta dando gritos inhumanos;
lejos está la gente,
Orfeo es diligente;
después de otros fracasos
y tenerla en los brazos,
ella, nienos esquivada y reportada,
un sí es no es de enamorada,
en aquestos trabajos
permite que los bajos
examine la vista,
y comenzó de Orfeo la conquista.
Ya con paso contado
a pintar a la ninfa hemos llegado,
porque fuera mal trato
el no poner retrato
de estos finos amantes;
el de Eurídice antes,
que después al mozueto enamorado
llegará la ocasión de su traslado.
Era el folio primero
un airoso vaquero,
sayuelo guarnecido
de oro entre sedas, bien entretajido,
y pollera de lama
más vistosa que pintan a la Fama;
sin guardainfante estaba,
que entonces no se usaba;
enaguas tres traía
de delgado cambray de cotonía
y ormesí otros dos pares,
con airones, con lazos y alamares,
estas a un lado, y el cambray tendido,
voy al último velo que perdido.
¡Jesús, y qué ignorancia
el pintar los paisajes no de Francia!
Aunque países bajos,

*estos son arrendajos
de lo que otros refieren,
mi modestia disculpen si quisieren,
o si no a troche moche
haré el pintar la noche,
y la miel en los labios,
enmendaré, si quiero, estos resabios;
mas importa muy poco
que me tengan por loco,
profano e impúdico,
y no quiero poner el punto en pico;
entre puntas y encajes,
de enaguas los embajes
percibí noguerado,
pequeña proporción y bien formado,
un botón de mosqueta
que adornaba curiosa una roseta
blanca, que parecía,
que el pico del botón la desprendía.
Dos columnas de seda
guiaban de las basas la vereda,
mas yo, que lo acechaba,
no ví dónde paraba,
porque Orfeo en los brazos la asegura,
y entróse del jardín a la espesura.
Procuró resistirse;
no pudo desasirse,
y la mano de esposo
la ofrece, amante, tierno, amoroso.
Fue padrino el Peneo,
y consumó su matrimonio Orfeo,
quedando consumido
con los favores, el que antes tan rendido,
que en lances semejantes
o cuales son antes del antes,
los más enamorados,
y después del después empalagados,
salió haciendo floretas,
que en los que han conseguido ya son tretas.
La vista ella pasea
por él, que ya más tibio galantea;
mírale del copete,
sin dejar sin examen ni un juanete.
¿Ven cómo hemos llegado
a pintar al mozuelo enamorado?
Vaya, pues, de pintura*

y comienzo (oye usté) desde la altura,
que me cuesta congojas
el tomar por las hojas
cuando copio un retrato,
y saldrá más barato
el tallar la cabeza,
que es el primor mejor de una belleza.
Boquirrubio, lampiño
era más el muchacho que un armiño,
y se le vió en lo tierno,
pues por sacalla a ella del infierno,
hizo aquella fineza,
forzada necedad de su cabeza.
El resto de su talle,
como quieran llamalle
(pecho, espalda, postura),
de buena compostura;
piernas muy bien formadas,
robustas por arriba y bien sacadas;
todo él muy bien tallado,
aunque el ser rubio me ha causado enfado.
De las manos asidos,
y en lazos amorosos bien unidos,
la selva paseaban,
y a las flores las plantas atajaban:
un áspid escondido
a Eurídice mordió; dio un aullido,
fue poniéndose yerta,
y a corto espacio la imagina muerta.
El garzón, alterado,
se quedó boquiabierto, y tan turbado
que no supo decir un «¡Dios te ayude!»,
que se dice a cualquiera que estornude.
Muerta Eurídice estaba
y Orfeo de pesar se las pelaba,
y entre un suspiro tierno
determina buscarla en el infierno.
Desciende por su esposa,
templó su violín, notable cosa,
pues cantando a compás dos seguidillas
salen a escondidillas
del calabozo averno
desatado en demonios el infierno;
todas las rendijas
ocupaban notables sabandijas,
oyendo con cuidado

de la música el tono comenzado.
En pago del bureo
salió luego Asmodeo,
el diablo del amor, y muy galante
procura consolar al tierno amante;
y mandó a sus sayones
que examinen los lóbregos rincones
del retirado centro,
sin que dejen alcoba o aposento,
cueva, desván, tejado
que no quede mirado,
y venga a su presencia
Eurídice, que quiere dar licencia
a que Orfeo la saque
y la lleve sin más traque barraque;
esto mandó, y fue justo,
que hay demonios también de muy buen gusto;
no a lerdos le fiaron
la comisión, al punto la sacaron,
y le dicen: «Llevala,
sin que volváis la espalda,
siempre ella ha de ir delante
y vos detrás, por guarda vigilante;
mas si vuelve los ojos a miraros,
no hay sí, desahuciaros,
que no tendrán lugar las chanzonetas,
sonetos, seguidillas ni quartetas;
esta vez os perdona,
libre partid, cargad con la matrona.»
Y en un ruido eterno
se cerraron las puertas del infierno.
¿Quién, señores, me niega
que ellos jugasen la gallina ciega?
Pues sin verse decían sus ternuras
e iban las almas hechas levaduras.
«Si me miras te matas
-la dice Orfeo-, amor, y me maltratas;
si me miras te ofendes.
¡Resístete, muchacha! ¿o no lo entiendes?»
Fuerza se hace la moza,
los ojos cierra en vista perezosa,
por verse entre vivientes,
aprieta bien los dientes
y no puede con ello:
vuelve al soslayo el cuello,
echó al mozo los ojos,

*y causándole enojos,
sin más mover la planta,
del suelo se levanta,
y en aquel mirar tierno
fue, sus pasos contados, al infierno.
Orfeo la miraba,
y al demonio la daba,
diciendo: «Irá contenta,
porque hizo su gusto muy exenta.
Pensó la disoluta
que era hijo de puta,
y que, muy fino amante,
volvería al instante
a suspender horrísonas cadenas
y a divertir las penas...
¡Pues muy mal lo ha pensado,
que hay otras muchas y es chico pecado!
Que a usted la lleve el diablo,
y a mí también, si verso, si vocablo
en buscarla gastare,
y si más por usted me apasionare:
no quiero ser marido,
estése vuesarced donde se ha ido.*

Alabado el suceso, celebraron todos el donaire con que doña Leonor había contado, y doña Lucrecia les dixo:

-Todo él ha sido muy bueno, y lo que mejor me ha parecido pintura de Lisena.

Había don Antonio compuesto algunas letras celebrando la hermosura de doña Leonor, y respondió:

-Yo tengo otra mejor, que cierto amigo consagró a una deidad a quien tiene rendida el alma.

Pidiéronle la refiriese, y tomando el instrumento, cantó los siguientes versos:

*Los donaires de Leonida
unos con otros compiten,
y apostando a ser mayores
aspiran a un imposible.*

*Nadie celebre sus gracias,
pues decirlas no es posible,
si no es que la admiración
callando las solemnice.*

*Envidias de su hermosura,
son veneración humilde
que le ofrece quien la envidia
diciendo no hay quien la imite.*

*Las aguas de Manzanares
sus cristales eternicen,
por que le sirvan de espejo
para que su rostro mire.*

*Y en ellas templen los rayos
de unos ojos que, invencibles,
triunfan siempre vencedores,
pues de lo que matan viven.*

Contenta doña Juana de verle tan enamorado, por tener un rato de chanza, le dijo:

-Señor don Antonio, ¿qué nombre es Leonida?

Respondióle:

-Pregúnteselo vuesa merced a la dama toledana, pues su amiga doña Leonor le dio tantas penas.

Levantóse don Enrico, diciendo:

-El intento ya está conocido. Metámonos en baraja y vámonos a acostar, que es tarde. Pasado mañana se abren las audiencias, y jugaremos todos a carta vista.

Con esto, se retiraron a gozar el común descanso. Y el día siguiente se fueron los dos amigos a efectuar el casamiento de doña Lucrecia, y don Vicente le respondió tratase el suyo con doña Gertrudis. Aceptó el servirle, advirtiéndoles no salieran aquella tarde de casa.

Y venido a casa de doña Lucrecia acompañado de un oficial suficiente para las cartas de dote y capitulaciones, después de haber ajustado la que tocaba a su sobrina, le propuso a doña Gertrudis el intento de don Vicente. No tenía padres; habíala criado una tía, que al presente vivía enferma y deseosa de verla en estado; le respondió a don Alonso:

-Cuando yo no tuviera tantas experiencias como tengo de dos años, a esta parte que ha que vivimos de puertas adentro bastaba que vuesa merced apoyara los merecimientos del señor don Vicente para tenerme por contenta de ver a mi sobrina tan bien empleada.

Estimóle el agasajo, ofreciéndosele para la carta de dote y lo restante que se le ofreciera. A lo cual dijo doña Lucrecia:

-En verdad que todas hemos de ocupar a vuesa merced, porque yo trato de casar a Antonio.

Dióle el parabién, preguntándole quién era la desposada, y respondióle:

-Pregúnteselo vuesa merced a mi señora doña Juana, que es el dueño de todo.

Cumplió don Alonso con la debida cortesía, celebrando la igualdad de las partes; y ajustadas las capitulaciones y cartas, mientras se corrieron las capitulaciones, enviaron los contentos desposados joyas y galas, en que mostraron el gusto de su buen empleo. Y por estar doña Lucrecia tan recién viuda, se determinó se hiciese el desposorio de todas una tarde, convidando a las personas de mayor obligación, en particular las que habían de apadrinar las velaciones.

Doña Lucrecia llamó a una señora llamada doña Teresa Fajardo, a quien se le daba señoría. Don Alonso, a un Regidor de la Villa; y don Vicente a un caballero del hábito de Alcántara deudo suyo. Y para cumplir a un tiempo con la viudez y el desposorio, la vistieron a doña Leonor una saya entera negra de felpa corta acuchillada, forrada en lama de plata blanca, poblado el campo, y manga de punta de asientos de oro, y abotonadura de diamantes: desmintió con la mucha gala las sombras de la tristeza.

Las amigas, a su imitación, aunque se vistieron ricos vestidos, fueron de color honesto; y aunque se tenía prevenida cena para los convidados, por venir doña Teresa acompañada de cuatro señoras tituladas, le pareció a don Antonio sería más a propósito una suntuosa colación, la cual se dio con majestuosa liberalidad a los convidados.

Y para celebración de las bodas, todos los circunstantes, dándose por obligados de agasajos tan cumplidos, tomaron por su cuenta el festejar aquella noche los desposorios, corriendo por cada uno el desempeño en que se hallaban obligadas sus cortesanas. Y así, encargaron a doña Lucrecia dispusiese el modo cómo, entrando todos los circunstantes a la parte en el festejo, pues todos se hallaban obligados, no se excusase ninguno en franquear sus gracias, sin que costasen ni recateos, ni ruegos de persuasiones: que son los que suelen deslucir lo más donairoso de las gracias personales.

Doña Lucrecia respondió, con aquel su sazonado desembarazo:

-Pues vuestas mercedes fían a mi disposición el que de todas sus gracias haga una ensalada, digo que, siendo yo la primera que salga a la palestra, aunque desaliñados los donaires, daré principio a nuestra fiesta advirtiendo que, en concluyendo con lo que me toca, tengo de citar de remate a uno de los caballeros presentes; para que, saliendo por mi fiador, no quede el puesto con quiebra, sino que se asegure la finca de que se mejora de créditos la dita del festejo. Y en cumpliendo el caballero a quien yo citare de remate para que satisfaga por mí, quedará a su elección el elegir para su desempeño una de las damas presentes, a quien citará para crédito de su buena paga. Y la dama citará, en haciendo sus gracias, a otro caballero; y este, en cumpliendo con las suyas, a otra dama. Con que el

puesto no se hallará jamás desocupado del festejo que pretendemos. Y cerraremos la puerta a que no haya unas excusas melindrosas, que suelen ser feos lunares en los divertimientos; y quieren pasarnos tal vez el melindre y la hazañería por encogimiento o por mesurado recato, siendo así que, reventando de buenas ganas, quieren que se las paguen a precio de ruegos. Con que, reduciéndolo a porfía, es un desabrimiento penoso para los circunstantes. Y aunque luego sea muy perfecto el donaire, como ha costado el porfiar, no sale tan bien parecido como cuando se franquea con apacible liberalidad. Y si tal vez no sale tan airosa la acción, la sazón tanto la voluntad y buena gana de quien la ejecuta, que la sube de quilates para la estimación y para el bien parecer. Con que desde luego quedamos todos los circunstantes obligados a sacar en público nuestras habilidades y donairosas gracias, sin que haya quien se pueda excusar, porque será hacer una ofensa a la persona que le citare de remate, y un agravio a todos los circunstantes que, habiendo intervenido en el pacto y concierto, haya quien falte a lo prometido.

Alabaron todos la buena y prudente disposición de doña Lucrecia. Y quedando debajo de una misma obligación todos para cuando fuesen citados, comenzó la señora doña Lucrecia, diciendo:

-Pues me toca el dar principio a este sarao, quiero referirles a vuestras mercedes unos versos de buen gusto, que llegaron a mis manos habiéndose caído de las de una dama no tan recatada en sus acciones como debía su modestia a sus progenitores, valiéndose del ser de preclaro nacimiento para poner en más costa los intereses de su desenvoltura. Quién fuese el galán que se los envió, no lo sé; lo que no ignoro es que, por los versos, se conoce no era lerdo, y que, sin ser sátira, pudo con su pluma quitar muchos hilvanos de vana a la señora, que por mostrarse interesada dio permiso a que no se le guardasen todos los decoros debidos a sus prendas (que yo la conozco y tiene en todas calidades las que bastan para ser dignas de estimación). Los versos son los que vuestras mercedes oirán:

*¡Qué gloriosamente ufana,
qué indignamente feroz,
Amarilis, te querellas
o te haces acreedor!*

*Pues atento a mi cuidado
a disculpas del deudor,
como quien, siendo tu gasto,
aún no ha cobrado un favor.*

*A tus querellas, amores
respondo: soy fiador
de tus cuartos. ¡Oh!, ¿por qué
es contra mí el antuvión?*

*Si de olvidos poco atentos
tomas la resolución,
cura, señora, la herida*

a costa del que la dio.

*Esos ceños, Amarilis,
conmigo, ¿para qué son?
Si una es la naturaleza,
la unidad me distinguió.*

*Si contra los hombres todos
tomas la resolución
y no crees los nacidos,
búscalos en embrión.*

*¿De qué agraz has aprendido
el acedillo tesón,
esa contumacia, niña,
o ese desdén fanfarrón?*

*¿Por qué contra mi dinero
he de satisfacer yo
los despiques del alano
o del perro el mordiscón?*

*Si es rabia, Amarilis bella,
o si el mastín te mordió,
pan bendito te remedie,
ya no soy saludador.*

*Si pidieres sacramentos,
basta el de la Extremaunción:
cuidadoso buscaré
remedio a todo dolor.*

*Mas de una rabia curar
con unturas del doblón,
es milagro que lo alcanza,
muchacha, tu inclinación.*

*Los hombres siempre fingimos,
las mujeres, eso no;
y por eso adelantada
quieres la paga al favor.*

*Ya sabes que en niñerías
es un rapazuelo amor,
pues tengamos, y tengamos
dineros y ejecución.*

*¿Qué mercancía encareces?
¿Sabes que en cada cantón
de esas calles hay su tienda,
y en cada tienda un millón?*

*Lo principal exageras,
¿acaso cásome yo?
Y si eres tan principal,
no vendas el pundonor.*

*Véndete al precio común,
o pediré a un regidor
que, pues eres toda sangre,
te de a precio de morcón.*

*O si no, ¿qué diferencia
para aquello de la unión
hallas en noble o vulgar,
en lo pícaro o señor?*

*Para el deleite quisiera
(esto para entre los dos)
verte de muy mala sangre
sujeta a la Inquisición.*

*Con eso se abaratará
del gasto tanta pensión,
y del gusto se aumentará
a las tres partes las dos.*

*La ejecutoria podrás
(pues haces de ella blasón),
mientras conmigo estuvieres,
prestarla a una información.*

*Si te busco es porque entiendo
que perdiste el pundonor
desde el punto que perdiste
de virgen la palma y flor.*

*Esto, honrado, ¿en qué consiste?
¿Exterior demostración
alegas? Física te quiero,
ente real, no de razón.*

*¿Una quimera propones?
¿Sólo una imaginación?
¿Una apariencia soñada?
¿Una nada, una ilusión?*

*Para mi gusto es muy bueno
eso, que no se tocó
lo honradazo, quien lo abraza,
lo noble, quien lo palpó.*

*Actos positivos sólo
para los hábitos son,
para ser del tribunal,
o de un colegio mayor.*

*Los actos que yo pretendo
(si bien positivos son),
son de sangre menos grana,
sangre de generación.*

*Si con estas circunstancias
me quiés, a lo picarón,
verás que ratos tenemos,
dueño de mi corazón.*

*Yo de balde no te quiero,
de lance sí y ocasión,
el dinerillo socorra
medio siendo a la afición.*

*En esotros devaneos
no se gasta mi vellón,
más que de la piedra fueras
legítima sucesión.*

*Con esto, Amarilis mía,
sabes mi resolución,
sepa la tuya este amante,
si consumamos o no.*

Con grande aplauso celebraron los circunstantes los versos referidos de doña Lucrecia, porque además de tener ellos en sí la sazón de estar hechos al uso, los repitió tan donairosamente que no les pudo dar el poeta tanta alma como tuvieron en su boca. Citó de remate, para que ocupase el puesto prosiguiendo su entretenimiento, a don Antonio, que, dispuesto a la ejecución de lo que se le mandaba, hubiera comenzado el desempeño de lo que se le encargaba a no haber interrumpido doña Leonor la acción, queriendo

volver por el crédito de las damas, a quien parece dejaba amancillado el romance referido. Y así, dijo:

-Por cierto que en mujeres principales que no atienden a lo mucho que se deben a sí mismas y atropellan por las obligaciones de su nacimiento, poniendo la mira en otros dictámenes o caprichos que salgan de los motivos que gobierna la voluntad, bien merecido es el castigo de atrevérseles a perder el decoro a su pundonor; ellas dan licencia, con la poca estimación que hacen de sí propias, para que se les atrevan con desmesura los mismos que la respetaban con cariño.

A que respondió doña Lucrecia:

-¡Ay amiga mía, y cómo no conoces que ese es achaque de que adolece la mayor parte de la Corte! Porque, ¿cómo pudieran muchas de esas damas, si no se aprovecharan de esos caprichos, bizarrear con tanta diferencia de galas como cada día inventa la ociosidad en la Corte?

Don Antonio, que estaba en pie, para proseguir con las obligaciones del sarao, les dijo:

-En controversia de cuestión que es tan indiferente como las que vuestas mercedes han levantado, bueno será entre a hacer las paces el arpa, porque si se ha de seguir la cuestión, hay tantos argumentos de una y otra parte que no nos quedaría noche para festejar los desposorios si se hubiera de atender a dar satisfacción. Y para que vuestas mercedes vean que todo consiste en opiniones en esta vida, les quiero cantar unas coplas más frescas que las que hizo aquel poeta grande a quien obligó Juanilla con su salida al prado, que a ese tiempo debió de desobligar estotro para que fuese de diferente opinión.

Tocó el arpa, y en el mismo tono que se cantaban por las calles de Madrid generalmente alabanzas de las perfecciones de Juanilla habiendo salido al prado, dijo así:

*Que salga al prado Juanilla,
nada al prado se le dé:
¿cuándo un papel de color
hizo chillar al clavel?*

*Si corrieren los arroyos
(aunque tengan que lamer),
será porque Juana en ellos
no quiera lavarse el pie.*

*Que esto de enturbiar cristales
no es dificultoso, que
los empañará a cualquiera,
mientras mas sucia, más bien.*

Corran las fuentes, si pueden,

*que a todos hacen merced:
no por temor de Juanilla
han de atormentar la sed.*

*A sus líquidos cristales
dijo les dá en qué entender
su blancura; ¡qué blancura,
que es solimán, si no es miel!*

*La nieve se huyó a los montes,
porque es cándida, y tal vez
temió ver en desacatos
jugar Juanilla del pie.*

*¿Quién examinó la edad
a los jazmines? ¿Y quién
dirá que son muy rapaces
jugando arrima pared?*

*Juanilla, ¿qué, no se arrima?
Yo sé de ella, por mi fe,
que cada instante se arrima
y que juega al esconder.*

*De que gaste rabia el sol
no sé qué llegue a entender,
y que se está allá en el cielo,
o se eche a rodar por él.*

*Juanilla se eche a rodar,
que eso suele apetecer,
y gasta rabias Juanilla
si quieren tenerla en pie.*

*Este romance le canta
a Juana, ofendido, quien
vio ultrajes del prado ameno
por una fácil mujer.*

*Señor poeta, en su vida
quiera, por su parecer,
hacer ofensa a las flores,
a las fuentes y al clavel.*

*No me sea mentiroso,
ni alas a Juanilla dé,*

*que para ofender Juanilla
tiene lo que ha menester.*

Con grande aplauso se celebraron las coplas que cantó don Antonio, que, aunque no fueron muchas, por lo bien dispuestas, por la suavidad de su voz y destreza en el arpa, suspendieron tanto como admiraron a los circunstantes. Pues, valiéndose de la obligación del festejo sin faltar al corriente entretenimiento, metió el montante con sus coplas para apaciguar la trabada cuestión que habían levantado las encontradas opiniones de doña Lucrecia y doña Leonor, con que quedó apaciguada la disputa, dejando a cada una en su albedrío para que siguiese su parecer.

Y prosiguiendo las obligaciones del comenzado festín, citó don Antonio con una gran cortesía a la señora doña Gertrudis, para que, siendo el Iris de paz, acabase de serenar las paces. Y doña Gertrudis, obedeciendo con prontitud las leyes del festejo comenzado, propuso referirles unas octavas elegantes, hechas por uno de los mayores ingenios de España, aunque no conocido por poeta por la modestia de su profesión; las cuales octavas tienen por asunto describir el año en sus cuatro tiempos. Y con bizarro donaire, comenzó diciendo:

A LA PRIMAVERA

*En la parte del año más piadosa,
cuando el Toro en abril las cumbres pisa
y da, para vestir la selva umbrosa,
al prado flores y a las fuentes risa;
cuando del monte la estación frondosa
sin fábricas de yelos se divide
y puesta en libertad, la errante nieve
sediento el prado en arroyuelos bebe.*

*Cuando por ver el rostro a la mañana
de sus cabañas salen los pastores
y entre celajes de cristal y grana
Céfiro asiste al parto de las flores,
la verde selva, que, desnuda y cana,
resistió del invierno los rigores,
vuelve a mirar compuesta, en la corriente,
los nuevos rizados de la anciana frente.*

*Del monte al valle los arroyos corren,
que el blando aliento del abril desata
sin miedo ya, que las crecientes borren
las blancas huellas de sus pies de plata;
y los vestidos árboles socorren
la yerba que en los campos se dilata*

*con nuevas sombras cuando empieza el Toro
a dar bramidos por los campos de oro.*

*Las dulces aves, con alegre canto,
celebran las exequias de los meses
entre cuyo rigor callaron tanto,
que sus furias vencieron y reveses.
Vístense, desnudando el verde manto,
de la color del sol las rubias mieses,
y al cielo muestran, sin lisonja alguna,
que son agradecidas en la cuna.*

*Los ríos, que del yelo en las prisiones
ni murmurar pudieron, ni quejarse,
con prisa, ya cristales, ya vellones,
pretenden a sí mismos alcanzarse;
no suele tan veloz en las regiones
tártaras la saeta acelerarse,
como camina rota la cadena
el agua libre sobre blanca Parena.*

*Vió Guadarrama un tiempo coronada
de yelo y nieve su cabeza verde,
y con ramos y flores mejorada
ve la corona que lucido pierde:
y en la vestida cumbre sosegada,
antes que alegre el claro sol recuerde,
oye, con dulces voces y suaves,
callar los vientos y cantar las aves.*

AL ESTÍO

*En la parte del año más ardiente,
cuando el rigor del abrasado estío
hace callar la más sonora fuente
y enfrena el curso al más soberbio río;
cuando el ganado busca, diligente,
del árbol el reparo más sombrío
y están sin el favor de las mañanas
las flores secas y las mieses canas;*

*cuando el sediento labrador, cansado,
envuelto en polvo, con mortal congoja,
le muestra apenas el inútil prado
rastros de fuente que a beber se arroja,*

*y sin alzar, corrido y porfiado,
la adusta cara con la fuerza roja,
en medio del cansancio y la porfía,
dobló la sed, creyendo que bebía.*

*Montes de mieses yacen erizadas
a donde junio coronó la tierra,
coronas son al fin todas prestadas,
que igual peligro la mayor encierra;
en las rústicas manos abrasadas
las hoces mueven importuna guerra
al campo, que, pagando sus tributos,
recibe injurias y retorna frutos.*

*Quiere el rocío reparar en vano
el último desmayo de la grama,
que fue en los dulces meses del verano,
de fieras y hombres apacible cama.
Y en la séptima casa soberano,
el celeste león furioso brama;
y ardiendo el campo en sus madejas rubias,
al Austro pide las primeras lluvias.*

*La tierra, que calló (sufrida y muda),
es toda bocas ya para quejarse
del sol, que si la viste y la desnuda,
del bien sí, no del mal quiere olvidarse;
la inculca selva, más agreste y ruda,
iguales al temor de desnudarse
las soledades siente de las flores
y ausencias de los dulces ruiseñores.*

*Nada recibe ser, nada florece,
siendo menor y más ardiente el día;
que como siempre en el incendio crece,
calienta más el sol que se desvía;
y el fatigado campo que padece,
en llamas arde, si en calor ardía:
que siempre son las gracias postrimeras,
coger los trigos y abrasar las eras.*

AL OTOÑO

*En la parte del año más fecunda,
cuando entra por las puertas del estío*

*lluvioso octubre, en el otoño funda
nueva esperanza al labrador tardío:
que, como rico en la cosecha abunda,
tardó en sembrar, y recelando el frío,
el campo le rogaba por setiembre,
con repetidas lluvias, que le siembre.*

*Formando nuevos surcos el arado,
penetra las espaldas de la tierra,
y el tardo buey con paso fatigado,
le mueve lenta aunque continua guerra.
Mayor descuido en el mayor cuidado
dejó en el campo que el tesoro encierra,
fiado al aire, al agua, al sol y al yelo:
que el hombre siembra lo que guarda el cielo.*

*Del monte deja el natural asiento
con las lluvias envuelta el agua clara,
que la velocidad del movimiento
a su pureza le salió tan cara;
y está el inútil campo tan sediento
que en lo turbio del agua no repara,
y aunque la bebe así, por tantas bocas,
al ansia misma le parecen pocas.*

*Bajaron animosas las corrientes
que prenden en sus márgenes y arenas
la libertad risueña de las fuentes,
con soles julio, enero con cadenas:
mayor caudal le dieron las crecientes,
mas todas son al fin aguas arenas;
y aunque tan breve inundación la baña,
de medias flores viste la campaña.*

*Corre con más aliento y diligencia,
templado el aire que en agosto ardía,
haciendo a sus ardores resistencia
la humedad de la sierra que le envía;
y en esta conocida diferencia
creció la noche y recogióse el día,
y aunque son todos pasos naturales,
siquiera fueran al partir iguales.*

*Dejando ya la sombra a las ovejas,
la yerba buscan que les dio el octubre,
y humilla sus vellones y madejas*

*la mansa lluvia que las moja y cubre;
de enero los temblores y las quejas
medroso el árbol en la tez descubre
sus ramas, viendo, sin poder vestillas,
con menos hojas, secas y amarillas.*

AL INVIERNO

*En la parte del año más helada,
cuando la sombra en el imperio excede
al claro sol y en nieblas sepultada
la menos luz al aire se concede,
hace tan corta el día su jornada
y tan presto la noche se sucede
que en la estación ya lóbrega y sombría
primero acaba que comienza el día.*

*El pastor, temeroso y encogido,
a estrecho albergue sus ovejas llama,
por que no las sepulte en el ejido
de helada nieve la reciente cama;
y el aire a voces, con igual ruido,
gime en las selvas y en los montes brama,
y son en ellos, cuando enero empieza,
cristal los pies y plata la cabeza.*

*Las aves no despiertan el aurora
como acostumbran, dulces y suaves,
que en tiempos tales, cuando el campo llora,
comer y no cantar quieren las aves;
y cuando la inclemencia vencedora
retira al puerto las soberbias naves,
resisten en los árboles más altos
del viento en paja y pluma los asaltos.*

*Cuanto se mira son montes de nieve,
que los traslada el viento por instantes,
como otras veces, con violencia mueve,
de Libia las arenas inconstantes;
ya el pasajero a caminar se atreve,
ya parecen los árboles gigantes:
no ve la industria de librarse modo,
si es todo nieves y peligros todo.*

En techos de cristal viven los ríos

*quejosos, aunque callan, del invierno,
moviendo por los cóncavos sombríos
el lento paso de su curso eterno;
la furia temen de los meses fríos,
mas con industria y natural gobierno
ahora callan, para dar con ella
al tribunal de mayo su querella.*

*Los tristes campos que vistieron flores,
y escarcha y nieve temerosos visten,
si de julio sufrieron los ardores,
al frío enero en vano se resiste;
si el aire, el sol, los yelos y calores
en deslucirlos sin piedad insisten,
padezca alegre quien lograr espera
venganzas de la fértil primavera.*

*El sol templá, ablándanse los yelos,
las flores vuelve el mismo que las lleva,
risueños muestran su piedad los cielos,
nace en octubre una esperanza nueva:
desátanse los muchos arroyuelos,
todo lo muda el tiempo y lo renueva,
y para sí, con su poder alcanza
que, siendo el mismo, es otra la mudanza.*

Tan elegantemente repitió las octavas doña Gertrudis, que los aplausos que la dieron los circunstantes fueron diciendo que, aunque estuviera todos los cuatro tiempos del año representando las circunstancias de su variación, les pareciera breve espacio para su entretenimiento. A que respondió la entendida señora:

-Bien conozco que he sido larga, y si es motejarme de cansada, culpen vuestras mercedes al poeta, que si él hubiera gastado menos versos en la descripción de los cuatro tiempos, a mí me hubiera excusado la tarea de tomarlos en la memoria y a vuestras mercedes el cansado enfado con que les he sido molesta, cuando era mi intento el agasajarlos.

A lo cual respondieron todos dándole el vitor de cortesana y entendida, admirando la buena elección que había tenido en encomendar aquellos versos a la memoria, de que algunos de los circunstantes le pidieron traslado para eternizarlos en las suyas. Liberal, se le ofreció a todos, y principalmente a don Vicente, su amante, citándole para que ocupase el puesto del entretenimiento comenzado, el cual se dio por favorecido de que su dama fiase el desempeño de sus gracias en su persona. Y así dijo, dándose por entendido al favor:

-Siempre he oído decir que, estando dos instrumentos igualmente templados, en tocando el uno hace las mismas consonancias el otro. Siendo esto así, ¿cómo podrá mi espíritu diferenciarse de los alientos que le han dado los versos de mi señora doña Gertrudis?

Y así, tomando el arpa, cantó con gallarda destreza a la primavera, en un alegre tono, los versos siguientes:

*«Yo, verde mayo, me acuerdo
cuando fuistes bienvenido,
y con auroras y flores
tan galán como vos mismo.*

*«De vuestros yelos se queja
el campo inútil y frío:
no hagáis, mayo, novedades,
y no tendréis enemigos.*

*«Yo ví cuando conocían
montes y campos floridos
en vuestros ardientes soles
la vecindad del estío.*

*«Y ahora, encogido y triste,
cuando os toca por oficio
vestir de flores las selvas,
vestís de nieve los riscos.*

*«Y vuestro rigor obliga
que busquen los pajarillos
más defensas para el aire,
más plumas para los nidos.*

*«¡Oh, qué burlados quedaron
los que buscan, ofendidos,
de las injurias del año
el reparo y el abrigo!*

*«Ni es razón que a los arroyos
humildes y fugitivos,
después de prisión tan larga,
les pongan segundos grillos.*

*«¡Oh, qué bien entre las aves
sonaron en los oídos
las canciones de las fuentes
y las voces de los ríos!*

*«Del más dulce ruiseñor,
que alegre a buscaros vino,
las más amorosas voces
ya son apenas suspiros.*

*«Campos, arroyos y selvas,
altos montes y sombríos,
os desconocen presente,
y os buscan como perdido.*

*«¡Volved, mayo, a lo que fuistes
en vuestros verdes principios,
dejad a los meses locos
nieves, furias y peligros!»*

*Estos versos, sin cantarlos,
Lisardo a mayo le dijo,
mirando montes de plata,
de escarcha y nieve tejidos.*

Sin dejar el arpa de las manos, antes mudando el pasacalle para nuevo tono, no dio don Vicente lugar a que aplaudiesen damas y galanes el desempeño con que airosamente los había festejado, diciendo:

-Ya propuse a vuestras mercedes lo de los instrumentos templados igualmente, conque es preciso que el espíritu de mi señora doña Gertrudis, por quien vivo, me haya comunicado los alientos para imitarla. Y así, quiero alargarme a cantar otra letra, aunque en diferente tono, al mismo asunto de las mudanzas de la primavera, pues el año pasado vino tan desconocida que sólo gozamos el nombre de sus meses, alargándose el invierno hasta el de junio.

*Las mañanicas alegres,
más dulces que las de abril,
frescas sí, pero no frías,
en mayo las conocí.*

*Yo ví salir el aurora
con blanco y rojo matiz
cuando despierta las flores
el blando viento sutil.*

*Ya sale sin la corona
de la rosa y del jazmín,
para llorar en los campos
lo que solía reír.*

*Vidrio helado entre la nieve
es el clavel carmesí,
y las flores que, engañadas,
se atrevieron a salir.*

*Y cuando mayo se muestra
más florido y más gentil,
de seco, más no de helado,
suele a los campos mentir.*

*Los días, años y meses
tienen su mudanza al fin,
y el que está desnudo y triste,
vestido y galán le vi.*

*Si mayo sale furioso,
yo manso le conocí;
pero es poderoso y sabe
que todos le han de sufrir.*

*Estos versos a Lisardo
cantar a mayo le oí,
y a un pastor que le escuchaba,
riendo, volvió a decir:*

*«¿Qué harán las mayas, Gil,
si los mayos se mudan así?
«¿Qué diferencia y ventaja
harán a mayo en mudarse,
si ellas son mayas un mes
y todo el año mudables?»*

*«Y siendo sus libertades
las que siempre conocí,
¿qué harán las mayas, Gil,
si los mayos se mudan así?»*

Con gran gusto quedaron los oyentes, admirando la cuerda disposición de don Vicente, así en haber echado agua al fuego que había levantado la cuestión y controversia de las dos damas, como en haber dicho a la que festejaba su afecto cuán rendido estaba en su voluntad, pues no disponía en ninguna acción de seguirla, viviendo a imitación de sus alientos.

Acabados los aplausos que merecían sus prendas, tomó el arpa doña Juana, a quien don Vicente había citado con su súplica el tiempo que los circunstantes habían gastado en su

alabanza. Y antes de cantar, la prudente señora previno a los oyentes, diciendo cuán enemigas eran las damas de encontrar para sus empleos con hombres jugadores, que de ordinario es meter en una casa continua guerra y pérdida de hacienda, honra y vida; y que así les quería cantar una sátira contra los tahúres, que, habiendo templado sonoramente, cantó lo siguiente:

*Para reñir los tahúres
a mi pluma he dado alas,
no se me encogen, pues todos
son amigos de barajas.*

*¡Que haya quien juegue a los naipes,
habiendo juego de damas!,
pues, ¿es mejor que con tantos
jugar un hombre con tantas?*

*Los que una vez han caído
en esta maldita plaga,
siempre veo que prosiguen,
aunque tantas veces paran.*

*En casa del tablajero
unos pierden y otros ganan,
mas esto no importa un cuarto,
que todo se queda en casa.*

*Las águilas más astutas
miran el sol cara a cara,
por si hay alguno que quiera
jugárselo antes que salga.*

*Los inocentes marchitos
perdidos con flores varias,
quedándose sin un pelo
nos dicen que no son ranas.*

*En vuestras casas después
que os quedáis sin una blanca,
sabe lo que pasa el diablo,
Dios sabe lo que se pasa.*

*El perder vuestras haciendas
es la mayor ignorancia,
que a quien su caudal le juega,
su entendimiento le falta.*

Gozosísimas dejó doña Juana con sus cantados versos a todas aquellas damas, porque cada una vivía recelosa de peligro semejante como encontrar en su empleo la desdicha de haber de sufrir la ruina que trae a una familia un hombre jugador; conque, después de haber agradecido las gracias que le dieron de su buen gusto, citó a don Enrique para que prosiguiese con su acostumbrado donaire los entretenimientos del festejo.

Tomó el arpa don Enrique y haciendo primero (como todos) la salva, previniendo a los circunstantes del asunto que había de referir, informó de esta suerte:

-He reparado, hermosísimas señoras y nobles caballeros, en que, siendo así que anda hoy tan valido en la Corte el sainete de las jácaras, no ha habido entre los circunstantes quien haya para su asunto tomádoles por desempeño: será por guardarse a sí mismos cada uno la decencia de la modestia y compostura natural, que parece se estraga con la desenvoltura de las consonancias que hace el tono de semejantes versos. Mas para que en este sarao no falte ni el plato de ese divertimiento, quiero cantar una que compuso un sazonado gusto de esta corte, que fue la que se sigue:

*A Frazquilla la frutera
el Romillo de Pastrana
quiso pegarla con otra,
porque es su lengua navaja.*

*Dicen que habló, descompuesta,
de Juanilla una muchacha
que la sirve, y nunca huelga
más que el rato que trabaja.*

*El gazzate del Romillo
cualquier agravio se traga,
y aunque un bofetón le peguen,
es mozo que no repara.*

*Mas ¡Dios nos libre del hombre,
si de Juanilla le tratan!,
porque es su hacienda la moza,
aunque él la tiene gastada.*

*Púsose descolorido
(miren cuáles son sus mañas,
que hasta la color del rostro
llevaba el jaque robada);*

*llegóse bonito a ella,
y sacando la afilada,
de oreja a oreja le yende,
de parte a parte le rasga.*

*Dejóla chillando, y fuese,
quedándose la cuitada
con dos fuentes en los ojos
y con un tajo en la cara.*

*Llevósele las narices,
y es de su oficio probarla,
que perdiendo los cañones
no entrará más en la plaza.*

*Mientras con aguja e hilo
el cirujano llegaba
a detenella la sangre
que se iba a la deshilada,
al romo sus compañeras
le culpan la vil hazaña
de que navaja pusiera
en una cara tan rasa.*

*«Ya nada aprovecha -dijo
Benita la Galiciana-
para conservar su rostro
ser la mujer descarada.*

*«Ya yo he pasado estos tragos,
y allá me hizo en la guanta
con una crisma mi hombre
decir que no era cristiana.*

*«El diablo debió de darle
comisiones tan bellacas,
pues sin hacer los informes
me dio la cruz colorada.*

*«Mas ya lo paga con otros
en el reino de las ansias,
donde el cabello les quitan
y hacen salirles las canas.*

*«Pero pues tienen los hombres
condiciones tan avaras
y lo han de dar en el rostro,
no hagan por nosotras nada.*

«Ya nos estiman en poco,

*ya la que de ellos se ampara,
aunque sea la más justa,
nunca quieren sustentarla.*

*«De tan malas compañías
otra cosa no se saca,
que a la marca que más quieren
le ponen luego la marca.*

*«Mas cuídese de esta niña,
porque está con la desgracia
el asiento recogido
y la sangre derramada.*

*«Cósanle el rostro a dos cabos,
que después más a la larga
hablaremos de esta historia
que dejamos apuntada.»*

Con tan airoso desembarazo cantó don Enrique la jácara, que, a no conocer todos los circunstantes su modestia, compostura y asentado juicio, pudieran quedar con alguna sospecha de sus prendas (porque la representación de semejantes sainetes sólo parece que la entienden personas de menos obligaciones), antes le granjeó crédito de entendido y de que sabía dar a cada cosa su sentido. Diéronle las gracias con aplauso general y él, haciendo una gran cortesía, citó a una señora de las tituladas, que había sido madrina, diciendo que a todos comprendía el concierto que habían tratado al principio de su festín, y que así, puesto que con su asistencia honraba los desposados, que con sus gracias solemnizase fiesta que era tan suya. A que ella respondió con sazonado donaire:

-Ya yo echaba menos el que vuestras mercedes (siquiera por la curiosidad) no habían validose de los de afuera para su fiesta, pues sólo la han compuesto hasta ahora de los de dentro de casa. Mas a fe mía que tengo de hacer vengadas a estas damas, dándoles a vuestras mercedes un mal rato, que no durará poco, porque tengo de referir la Fábula del juicio de Paris, que por nuevamente escrita, ya que no por la representación, me persuado ha de merecer sus agrados. Ella es en esta forma:

*Hécuba, reina de Troya,
de cuyos muros sagrados
lloró la infeliz ruina,
por una griega y un parto,
pronosticándole en sueños
el infelice presagio,
que han de abrasarle sus torres
un infante y un caballo,
en Ida, monte eminente
que de luz es coronado,*

*es de los vientos fatiga,
es de los cielos descanso,
a Paris mandó criar
donde vivía ignorado,
oculto ya en el Retiro
y ya en la Casa del Campo.
Alcalde y legislador,
los pastores veneraron
por garnacha su pellico,
y por vara su cayado.
Él, con sus manos lavadas,
Si era en las disputas sabio,
para contárselo a todos
iba su fama volando
Una tarde, pues, que el sol,
hipócrita de sus rayos
los ocultaba modesto
y estaba al mundo abrasando,
Paris, entregado al ocio,
cerca de un chopo, descalzo,
que en el agua de un arroyo
los pies se estaba lavando,
líquida lira de plata,
músico cisne del prado,
dando el cristal en las piedras
eran las guijas los cantos,
sus ojos el sueño apenas
sepultaba en ocio blando,
que es la quietud una dicha
que se goza sin trabajo,
cuando de beldades tres
(Astros del cielo bizarros)
dulce rumor le recuerda
al intempestivo asalto,
tienta los ojos temiendo
que fuesen del sueño engaños,
y conoció la verdad,
luego que se vio tentado.
«¿Quién sós?» -las dice- y al punto,
Juno, que estaba rabiando,
como si hablara por señas
tomó por todas la mano:
-Yo soy aquella deidad
de quien, rendido y postrado,
el dios que rige los cielos
es marido, más que hermano.*

*«Es verdad que algunas veces
lo he cogido en malos pasos,
mas no me espanto, que es mozo
y lo hacen los pocos años.
«Él, cuantas ve, tantas quiere,
pero de ellas no hace caso,
que en dando a una dama un perro,
la envía a espulgar un galgo.
«Mas ¡váyase donde quiera!,
que después, tarde o temprano,
se viene a casa a pagar
la pensión de los casados.
«Y vamos a lo que importa,
aunque no parece malo
el andarse por las ramas
quien va manzanas buscando:
«las tres que ves esta tarde
el irnos al río trazamos,
que estarse siempre en el cielo
eso es bueno para un santo;
para merendar, Mercurio
unos pasteles de a cuarto
de la Puerta del Sol traje,
que se hacen allí extremados
(Mercurio, el dios muy amigo
de llevar siempre recados,
que es principal por su sangre
Y alcahuete por su amo).
«En pareciéndonos hora,
solas las tres, con los mantos
y sin coche (porque tengo
dos pavones enclavados),
disfrazaditas y haciendo
el ojuelo castellano,
al Manzanares del cielo
con lindo calor llegamos
cuando esta rubia manzana,
cuando este lucido astro,
bella exhalación dorada
llegó a mis faldas rodando.
«Que le de 'a la más hermosa'
en unas letras de cambio
escrito venía, letras
que todas las aceptamos.
«Como ha de ser la más linda
dueño del pomo gallardo,*

*el ponerle buena cara
fue hacer el pleito más largo.
«Por la manzana muy mal
de palabra nos tratamos,
y ya en las manos las uñas
tuvimos para el rebato.
«Era el pleito por manzana,
y así no te cause espanto,
que siendo diosas las tres
cual fruteras nos tratamos.
«Pero sabiendo que tú
eres fiel del peso sacro
de Astrea y eres gentil,
que no es todo fiel cristiano,
a que lo juzgues venimos,
nuestro alcalde te nombramos,
pues el tener buen juicio
ya se te ha puesto en los cascos.
«Reina soy de las riquezas,
y ya en mi favor aguardo
que te me vuelvas ligero
con el metal más pesado.
«Palas te dará sus ciencias,
mas si, en mi poder fiado,
te doblas a mis promesas,
yo haré que sepas doblado.
«El caudal es el dinero,
y así en el mundo reparo,
que al que no tiene caudal,
le tienen por mentecato.
«Siempre sabe más el rico,
y esto es fácil de probarlo,
porque el pobre, como ayuna,
nunca puede saber harto.
«Yo conozco muchos hombres
discretos y celebrados
que viven en un rincón
porque no tienen un cuarto.
«Venus, madre del amor,
divino rey venerado,
de quien es cetro una flecha,
de quien es corona un arco,
beldad te dará gallarda
cuyos ojos, cuyos rayos
incendios serán activos
del noble pueblo troyano.*

*«Mas si de juzgar te precias,
no estimes el agasajo,
que perderás tu juicio
en estando enamorado.
«Dí, pues, cuál es más hermosa
tu conciencia descargando,
y declara en mi favor,
pues buen parecer te he dado.»
Calló Juno, y el mozuelo,
con ser un poco bellaco,
en tartamudas palabras
así les dijo, turbado:
-Hermosísimas deidades,
que os venís de vuestro grado
a que secretos divinos
penetre discurso humano,
ello es fuerza desnudarse;
id poco a poco dejando
al un lado los vestidos
y el decoro al otro lado.
«Pues son delgadas las ropas,
no es mucho que en este caso
os la quite la codicia,
si sabe romper un saco.
«De la belleza el tesoro
cabal he de registraros,
sin que un cuarto se me encubra,
sin que me falte un ochavo.
«Salgan en vistoso alarde
a ser vuestros miembros blancos
del cristal luciente envidia,
cándido desprecio al mármol.
«Corred la cortina y vean
mis ojos vuestros milagros,
sin que ni el último velo
pueda servir de embarazo.
«Con el debido respeto,
os condena el primer fallo
a que os quedéis en pelota,
por si faltas puedo hallaros.
«Mas ya obedecéis y yo,
de nuevos nortes guiado,
en mares de blanca leche
entrambas niñas embarco.
«Mas, Juno, ¿que pies son esos?
Sin duda alguna que cuando*

*a Io, en vaca volvistéis
os quedastéis con los callos.
«Larguillos son un poquillo,
y de que encubran me espanto
unos pies con tantas faltas,
siendo justos los zapatos.
«Pues, ¿las piernas? ¡quién tuviera
para ser más estimado
pensamientos tan sutiles,
conceptos tan delicados!
«Hacedles trampas a todos,
porque, al ver el desengaño,
será el echaros calcillas
modo de lisonjearos.
«Poco hermoso y mucho vello
está Palas enseñando,
tormenta corre lo lindo
en cuerpo que no está raso.
«Sólo tú, Venus divina,
eres de belleza el pasmo,
Y si con tus ojos flechas,
arroje el amor sus dardos.
«Si Palas te desafía,
no excuses salir al campo:
mejor vencerás armada,
pues ya desnuda has triunfado.
«Toma la joya, que no
la vendas, Venus, te encargo,
aunque en una cárcel veas
tal vez a Marte empeñado.»
Quedóse Venus con él,
el cohecho concertando,
y la hermosura de Elena
en parte le dio de pago.
Diosela Venus, y todos
nos dicen que la robaron:
sin duda, que el recibir
un juez es como hurtarlo.
¡Ay pobre Paris! ¿qué has hecho?
Mira, ¡oh, joven temerario!,
que tu sentencia, con toda
Troya en la ceniza ha dado.
Juno y Palas, ofendidos,
a los troyanos juraron
que han de hacerlos pepitoria
no, sino huevos asados.*

No se puede encarecer con palabras ni ponderar con todos los encarecimientos los aplausos y alabanzas que dieron los circunstantes al donaire, representación y compuesto desembarazo con que la señora titulada refirió la Fábula que había prometido, y quisieran que hubiera durado todo el tiempo que faltaba de la noche: porque, según los tuvo entretenidos, ninguno otro sainete pudieran elegir de mejor gusto.

Agradeció con cortesías cariñosas la noble señora los aplausos, y citó con gran gala y despejo a don Antonio, pidiéndole cantase un tono que en otras ocasiones le había oído, De los celos de Anarda contra Nise, a quien parece miraba con agrado Belardo, su galán. Don Antonio, obedeciendo el mandato de la noble señora, tomó el arpa y dijo:

-No puedo hacer mayor lisonja a los circunstantes que prevenirlos tan buen postre como espero tendrán en oír cantar a la señora Madrina, que si en la representación es única, en el cantar es Fénix; que nadie hay que a los quiebros de su voz no quede encantado.

Y tocando el arpa, refirió don Antonio los versos que le había pedido, que son los siguientes:

*Llegó a los ojos de Anarda
Belardo con buena fe,
y caricuerda la halló,
celos debe de tener.
De ella se queja el zagal,
y justa la queja es,
que sospechas sin razón
son desaires del querer.
Sin culpa le hace desvíos:
¿cómo no se ha de ofender?
¿que ella los dé tan de balde,
costándole tanto a él?
Porque han dicho que, agradable,
a Nise miró tal vez,
que aunque hay querer con agrados,
hay agrados sin querer.
Quisiera Anarda en Belardo
un despegado desdén
con Nise, y acreditarle,
aunque incurra en descortés.
No es la misma permisión
en el hombre y la mujer,
que en estos es grosería
lo que en ellas es desdén.
No hay quien se ponga en razones
con los celos, y ¡pardiez!
gente que razón no escucha,*

*y necia debe de ser.
Vedarle que a Nise vea,
si es cordura, no lo sé,
que una hermosura vedada
dicen apetito es.
Sujecciones hay civiles;
basta Belardo, a mi ver,
que esté tan sujeto a Anarda
para que la guarde fe.
Esto es amor, en quien quiere
con lisura y sin doblez,
y así, obediente a tus ojos,
otros jamás ha de ver.
Esta palabra me ha dado,
para que yo te la de,
afianzándote su amor
lo que ha jurado la fe.*

En acabando don Antonio de cantar las referidas coplas, habiéndoselas aplaudido primero el buen gusto de la señora Madrina, traían consigo calificadas las alabanzas de los circunstantes, que, en repetidas exageraciones, dieron agradecimientos, así al buen gusto de la señora Madrina como a don Antonio, por el buen rato con que les había entretenido. Mas él, valiéndose de lo primero que había propuesto, puso el arpa en las manos de la señora Madrina titulada, ejecutándola para que cantase un Romance que en otras ocasiones le había oído, En el cual daba un galán cuenta a su dama de la enfermedad que padecía, que, añadiendo a lo sazonado de las coplas el donairoso sainete de cantarlas su señoría, sería para todos la diversión de mejor gusto. Y después de haber afinado el arpa, la señora Condesa cantó así:

*De no ver los esplendores,
Leonor, de tu lucimiento,
estoy con un sentimiento
y muchísimos dolores.
Y si la fama inconstante
(aunque es parlera la fama),
calla que estoy en la cama,
dígaselo el consonante.
Dícenme que quien porfía
en atormentarme es,
Leonor mía, un mal francés
venido de Picardía.
Paciencia tendré, y constancia
en sufrir este castigo
con valor, aunque yo digo
que esos son pueblos de Francia.
Porque aunque la pena dura*

*me aflige con tal rigor,
no tengo, Leonor, dolor
que no venga a coyuntura.
No sé si crea al doctor,
mas si aquesta pena fiera
la causó la primavera,
vino con muy mala flor.
Aunque de otras ocasiones
recelan mis escarmientos,
viéndole hacer sacramentos
que han de darme las unciones.
Advertido determina,
por que mi flaqueza apoden,
que a la zarza me acomoden
como estoy hecho una espina
Del más triste labrador
seguiré el afán severo,
pues desde hoy si no me muero,
viviré de mi sudor.
Yo, aunque puedan castigarme,
ser quisiera en este afán
un asentista galán
para poder levantarme.
Mas, pues me tienen a raya,
perdona, Leonor, y advierte
que, pues que no voy a verte,
importa que no me vaya.*

En acabando de cantar la Condesa, todos los circunstantes quisieran, a valerles, excusarse de sacar en público sus gracias, porque en todo género las sujetaron y rindieron a las de la señora Condesa. Mas ella, con una modestia cortesana, les dijo:

-No será razón que festín tan autorizado tenga tan desabrido dejo; así por esto como por ser las noches tan largas, será razón que no levantemos de obra. Y puesto que el señor don Antonio, por hacerme lisonja, sin merecerlo mis gracias, me ha puesto dos veces en ocasión de quedar desairada, le cito para que nos cante las Coplas que hizo al retrato de su dama, que, aunque esté presente, ninguna de nosotras desprecia las alabanzas que aplauden sus perfecciones.

Mucho sintió don Antonio le obligase el precepto de la señora Condesa a que repitiese en público unos versos que había hecho al recato de su dama, que aún no había tenido ánimo para ponérselos en la mano, y que en ellos reconociese sus rendimientos. Mas, por no faltar a lo pactado en el primer concierto del sarao, y por obedecer cortés el mandato de la señora Condesa, tomó el arpa y cantó así:

El retrato del dueño

*que él ama [y] quiere,
oye, Leonor, y mira
qué te parece.*

*Todo el sol ajustado
viene a su pelo,
aunque digan le traigo
por los cabellos.*

*Son en ella sus luces
rubias y negras,
novedad que ha salido
de su cabeza.*

*Si la nieve me falta
para el retrato,
en la frente me a guarda
con lindo espacio.*

*Al mirarla presumo
que está suspensa,
porque siempre arqueadas
tiene las cejas.*

*¡Cómo matan mirando
sus ojos lindos!,
me parecen milagros
y basiliscos.*

*Sus mejillas hermosas
de coloradas,
que las corren parece,
mas no se alcanzan.*

*Su nariz peregrina,
como no peca
en pequeña ni grande,
es muy perfecta.*

*Es un punto de nácar
su boca bella,
y le vienen los dientes
como de perlas.*

*En su aliento oloroso,
por breve herida*

*nunca el ámbar se muere
por más que expira.*

*Compitiendo en su cuello
el cristal blanco,
con la nieve vinieron
luego las manos.*

*Si es jazmín la blancura
del pie pequeño,
no lo juzga la vista,
que es chico pleito.*

*Lo que oculta el recato
no ha de pintarse,
que no quiero que en eso
se meta a nadie.*

*Ya mi amor, Leonor bella,
como es tan ciego,
por enviarte un retrato
envía un espejo.*

A las primeras coplas que cantó don Antonio, muchos de los circunstantes oyeron las campanadas de la Corte que tocaban a maitines, a que no se dieron por entendidos, por gozar más espaciosamente el entretenimiento de su gustosa diversión. Y dándole (en acabando de cantar) las gracias al noble caballero, correspondió con corteses agradecimientos, estimando las lisonjas que hacían a sus prendas, las cuales reconocía por menos capaces de los aplausos que les daba. Y dándose por entendido a las señas de las campanas, dijo:

-Grande ofensa hiciéramos a los señores desposados si, por gozar de entretenimiento tan gustoso, les priváramos de más parte de la noche que la que se ha gastado en el entretenimiento de nuestro festín. Es cierto que no lo llevarán bien, aunque su cortesanía lo disimula, y así, habiendo de quedar por alguno, quiero hacerles esta lisonja como tan servidor suyo, y no el menos interesado, suplicando a todos se ponga fin a nuestra fiesta, dejándola como comenzada para el día de la tornaboda. Como lo hizo un poeta que, habiendo dado principio a la Fábula de Júpiter y Dánae, viendo que iba muy a la larga la historia, se contentó con escribir la mitad en un romance, prometiendo acabarla en otro cuando se ofreciese nueva ocasión: ese cantaré a vuestras mercedes para dar fin a nuestra fiesta, dejándome citado a mí mismo para el día de la tornaboda. Este es el romance:

*Érase en tiempo que había
reyes de medio mogate,
y que en las barbas se daban
todos con todas deidades.*

*Acrisio, un rey de así, así,
si no un rey de medio talle,
majestad hoja de cinta
de algún imperio de naipes;
este, pues, rey de a paleta
-y perdónenme lo cabe,
o a la vergüenza en la argolla
pueden ponerme el lenguaje-
una hija tuvo, y luego
que la tuvo, toma y ¿qué hace?,
va y viene, y en una torre
me la pone de pañales,
que no de patas, que entonces
no había vulgaridades,
por no haber salido aún la
Fábula de Apolo y Daphne.
Corrió al punto tempestad
de amas que la criasen;
y aunque tempestad corrió,
en leche estaban sus mares.
De la academia de Tetis
médico era el vejamen,
reprobando obras, que aunque
no entendidas, muy bien saben.
En fin, una ama a quien cupo
la suerte del encerrarse,
se entró a servir de alimento
en la tal torre de Dánae.
Guardas la pusieron, y
las pusieron guardianes,
para que jurasen de argos
con las dos o renegasen.
Acrisio supo -y el cómo
no me toca averiguarle-
que un nieto suyo le había
de pegar con la del Martes;
y así temiendo el buen rey
de su hija este desastre,
la metió monja en agraz,
debajo de siete llaves.
En este emparedamiento,
llegó a quince navidades,
y como llegó a sus quince
con mis once de pintarles:
era su pelo un mar rubio
cuyas de oro olas brillantes,*

*tal vez surcaba de boj
un peine, a guisa de nave;
su frente era perezosa,
con tan bello y gentil arte,
que en ella la flema pudo
ser hermosa y no culpable;
sus ojos eran tan negros
que pudieran ser bozales,
a no asistirles dos niñas,
ladinísimos diamantes;
con cuya ceja la Francia
muy poco poblada yace,
y en ella era pedir pueblos
el pedir que no matase;
su nariz -el propio Apolo
con bien de la tal me saque-,
era ni grande, ni chica,
era ni chica, ni grande;
su garganta, por lo blanca,
era de Borbón, y mas que
por prenderla una valona,
es su Sidonia y su cárcel;
lo demás que desde aquí
resulta hasta dar con el talle,
era de buen talle, cierto,
era cierto de buen aire.
Lo que negaba a la vista,
el adorno era admirable,
y sacólo de que no
lo dejaba ver a nadie:
las que comúnmente llaman
piernas todos los vulgares,
eran bien hechas, y hechas
sin más obra que su carne;
el pie se estaba en sus cinco
puntos, justos y cabales
-que estarse en sus trece fuera
muy desaforado estarse-;
la mano se me ha olvidado
de pintar -perdonárame
la ninfa, que aquesta vez
en blanco habrá de quedarse-.
Pues su discurso no se
dormía en los ignorantes:
de las veras era el Lope,
de las burlas era el Cáncer.*

*Y de aquesta copia, ningún poeta se me ensanche,
que alguno de los dos sólo
entró por el asonante.*

*Lector mío, esta mi musa
es mala hembra, es mudable,
y por no entender con ninfas,
no he de acabar el romance.*

Acabó de cantar don Antonio la media Fábula repetida, que celebraron con encarecimiento los circunstantes, y sintieran más el acabar tan presto con su fiesta a no quedar con las esperanzas de que habían de volverse a juntar el día de las velaciones. Y aunque antes del festejo referido les habían servido una suntuosa colación, dijo don Antonio con su acostumbrada bizzaría:

-No será razón que salga ninguno de lo abrigado de salas tan apacibles sin que primero tome defensas para el sereno, que las noches de esta Pascua han sido rigurosas; y así, suplico a vuestras mercedes me den permiso para que les sirva con chocolate.

Aplaudieron todos su buen gusto, renovando en la opinión de todos lo merecedor que era del renombre de cortesano, con que el político caballero hizo señas a sus criados, los cuales entraron a breve espacio con fuentes de preciosos dulces de Portugal, compuestos de diferentes musarañas y juguetes de alcorza que se llevaban los ojos.

Fue tan espléndida la colación, que las fuentes de dulces secos ocuparon todos los pañuelos de damas y galanes que se hallaron presentes, y de las sobras quedaron satisfechos los criados, los cuales entraron a un mismo tiempo con tantas bandejas de jícaras de chocolate que, sin ser necesario andar en cortesías ni cumplimientos, a un mismo tiempo hubo para que todos le tomasen.

No hay palabras con que encarecer los aplausos y agradecimientos que todos dieron a su bizzaría y liberalidad. A que él respondió, con sumisiones corteses, no le afrentasen notándole de corto, que bien conocía lo había andado como vizcaíno, a quien no se le había pegado nada de la Corte sino los gastos que traen consigo las pretensiones y la asistencia en ella por tantos días, donde se gasta las más veces la vida, la salud, los dineros y aun los vestidos. Que él, para darles buenas nuevas, les hacía sabedores de cómo volvería a su patria con un remiendo, de que habían salido sus informaciones aprobadas del Consejo, porque un paje del secretario le acababa de dar las nuevas; que le permitiesen, pues eran todos tan suyos, se atreviese su alegría en hacerlos a todos participantes de las albricias.

Diéronle la enhorabuena con grandes demostraciones de gusto los circunstantes, y entraron de nuevo los criados con fuentes en que venían ricos pares de medias de seda con ligas y guantes de ámbar bordados, mucha copia de bolsos de diferentes labores, así de ámbar bordados como de aguja y de red, muchas carteras y bigoterías de la misma materia; de suerte que alcanzó para todos el liberal agasajo.

Y después de haber repetido nuevos desempeños sus agradecimientos, dándose unos a otros gustosos abrazos de amistad, se despidieron las señoras madrinas tituladas, [y] tomaron sus coches. Los de dentro de casa se recogieron a sus cuartos, dejando sus esperanzas prevenidas para el día de las velaciones, en que se prometían nuevos festejos; y tan plausibles, que espero en Dios nos han de dar motivo para hacer la segunda parte de este libro.

LAUS DEO